Del otro lado del cristal

Vincel Daniel Taborda Hernández

Universidad de Cartagena

Facultad de Ciencias Humanas

Programa de Lingüística y Literatura

Cartagena de Indias D. T. y C.

2017

Del otro lado del cristal

Vincel Daniel Taborda Hernández

Trabajo en creación literaria presentado como requisito para obtener el título de profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena

Raymundo Gomezcásseres

Asesor

Universidad de Cartagena

Facultad de Ciencias Humanas

Programa de Lingüística y Literatura

Cartagena de Indias D. T. y C.

2017

Agradecimientos

A Yulis, la primera retina en impactarse con estos cristales rotos.

Índice

Prólogo:

- ***Del otro lado del cristal*: la materia oscura de las palabras……..6**
- **Referencias……...18**

Relatos

- **El caracol…….20**
- **Destino……..22**
- **Del otro lado del cristal……...23**
- **La elocuencia del silencio……25**
- **Un olor a flores marchitas……..27**
- **Enlace con el pasado……...28**
- **La exhumación de Ramón……..30**
- **El muerto……..35**
- **Los oficios de Dios……...……36**
- **La leyenda del capitán Cubide y el místico Rubik……...65**

Del otro lado del cristal

Vincel Taborda

Del otro lado del cristal: la materia oscura de las palabras

Lo escrito tiene una vida autónoma que su autor desconoce.

Roberto Colasso.

Sea donde sea que se gesten las briznas de una idea literaria, en la inteligencia, en la soledad de una vorágine emocional, en la imaginación, o sin tanto misterio en la realidad de todos los días, al fin y al cabo esa criatura hecha de insomnio, soledad y vivencia se proyectará en el acto terrible de la escritura. Digo terrible, porque nada que te consuma y te doblegue puede ser benévolo. La escritura como oficio del otro lado del cristal de la vida, requiere del manejo y la destreza de algo que llamaré, sin ninguna pretensión intelectual, *habilidad narrativa*. Con esto no estoy reduciendo a la escritura y su proceso endemoniado, a una serie de 'pautas principales', ni más faltaba, hablo de una disposición abierta del espíritu, la mente y el cuerpo ante las impresiones de la experiencia. Sin embargo, un escritor en potencia puede tener todo el dominio de la técnica y la habilidad para narrar, pero si no se sienta a escribir ¿entonces qué? El hecho de que vaya por el mundo recogiendo las posibilidades del germen de un cuento no garantiza que sea bueno. Ni siquiera que llegue a escribirlo. O peor aún, que ni llegue a germinar esa idea en su interior. Si no está dispuesto a la nada, entonces que se quede en esa placenta cálida donde 'nada le hiede y todo le huele'. A fin de cuentas, uno escribe porque cree que tiene algo que decir,

sin ninguna pretensión de inmortalidad. Simple y llanamente un escritor es un contador de historias, que de alguna u otra forma, por las implicaciones que sea, adquieren resonancias en el tiempo.

¿Qué acabo de decir? Que hay cierta materia oscura en el oficio de escribir. Hay una indefinición en su naturaleza, llámese *materia oscura*, *esencia no dicha,* o como lo diría un amigo al cual estimo mucho, "duende", "swing", "feeling". En todo caso: alma. Rómulo Bustos Aguirre lo diría de otra forma pero apuntando hacia el mismo sentido: "(…) las palabras son verdaderas si quien las habla es verdadero". (Aguirre, 2004, pág. 114). Y uno es verdadero si impregna sus palabras de vida o de magia.

¿Cómo dice el dicho: somos lo que hacemos? O quizá sea ¿lo que soñamos? Yo lo pongo más sencillo parafraseando a Píndaro: somos lo que somos[1]. Hay tanto de sueño y oficio en eso, de trabajo e imaginación y por supuesto, inteligencia. Si bien es cierto que todos, en algún momento de nuestras vidas quisimos ser escritores, también lo es que *querer* no implica *ser*. Aun cuando todos dispongamos en condiciones normales de las facultades cognitivas para crear y expresar, no todo el mundo acaba siendo escritor. Tal vez en el emotivo e inútil discurso de primer semestre lo sea, pero en el hostil y árido ámbito literario no. Aquí es quien *trabaja* no quien *quiere*. Yo no puedo asumir la escritura como un momento de trance en que se me revela el mundo porque escribiría dos o tres cuentos en toda mi vida. La ordinariez, o como lo decían los formalistas rusos: el *automatismo*, no desencadena ideas literarias; estas se manifiestan a través de la experiencia terrenal en relación con la sensibilidad. Baudelaire ya lo dijo en "Extravío de la aureola" (Baudelaire,

[1] Píndaro. *Pítica*, II, V. 72

2003, pág. 146). Lo que está de fondo detrás de este poema es esa condición del escritor en búsqueda de *algo* que constantemente huye de él, que lo lleva a representarlo con un velo oscuro, con un indeterminado significado. En ese poema, el poeta luego de perder su *aureola*, escribe desde el "barro", el "bulevar" y las calles angustiadas por el tráfico, ya no desde esos lugares "altos" que están apenas aludidos con la 'aureola', sino que en esta "nueva" condición lo hace desde lo que tiene a la mano, desde *lo que hay*. Eso sublime y espiritual que sugiere la aureola, se cancela, se anula con la pérdida de la misma y entonces queda el hombre rodeado de su cotidianidad, sumergido en su propia inmanencia.

Incluso, yo diría que a veces no basta con la sensibilidad, sino que hay que forzar nuestra experiencia creativa a través de la percepción literaria para arrancarle las ideas a las cosas.

"Paz callada" (1936), un poema de Rubén Martínez Villena, dice así en el último verso:

Tan solo el verso arrastra su cansancio y escala
penosamente el duro silencio, se levanta
sobre el labio en un gesto de sonrisa macabra,
mientras la mano en garfio me estruja la garganta
¡para exprimir la gota de hiel de la palabra!

Entonces, hablando generalmente, en el ámbito de la escritura, llevar a cabo el surgimiento de un cuento con todas estas implicaciones experienciales, emocionales, espirituales, cognitivas e imaginativas, es una tarea de dolor. Hay quienes dicen: "yo quisiera escribir". Si está dispuesta una persona a despellejarse por el germen literario de una idea, bienvenido sea, esos son los escritores que necesitamos, no una pavada de intelectuales que escriben 'mejorpadónde', pero con resonancias huecas, con palabras

falsas. Hace ya algunos años leí en un portal web[2] al cual estoy suscrito que la palabra ‘escribir’ provenía de la raíz indoeuropea ‘sker-’ y esta se asociaba a las ideas de ‘cortar’, ‘separar’ y ‘rascar’. La palabra evolucionó a ‘scar’ y pasó a significar ‘cicatriz’, término que también hace parte del inglés de hoy. Pero lo que me pareció más curioso fue que cuando estos pueblos adquirieron la escritura se formó el vocablo ‘skribh’, que dio lugar a ‘marcar sobre una corteza’. Estas raíces dieron paso al término latín ‘scribere’ que también significa ‘marcar sobre una corteza’, hasta que estos significados derivaron en ‘escribir’ (Elcastellano.org, 2014). En el fondo, en lo más puro de su semántica, ‘escribir’ lleva el significado de ‘marcar’, hacerle una brecha a una corteza, herir el papel, hacerle una cicatriz, etc. Sin embargo yo creo que la herida primero nos la hacemos nosotros mismos.

Ahora, el oficio de la escritura no es que sea una voluntad divina como lo pensaba Juan Bosch en sus apuntes sobre la creación de cuentos. Allí habla mucho sobre la vocación. Incluso lo dice así “(…) nadie que no tenga vocación de cuentista puede llegar a escribir buenos cuentos”. (Bosch, 2008, pág. 259). La vocación yo la entiendo en Bosch como un chip prenatal: como el Rayo Tenebroso de Voldemort en la frente de Harry Potter, como el Codex en el ADN de Kal-El (Superman). En fin, algo ajeno a nuestra voluntad. Sin embargo, yo prefiero llamarlo habilidad narrativa y así nos quitamos de encima ese “poder”… porque “un gran poder, conlleva a una gran responsabilidad”. (Amazing Fantasy, 1962, pág. 15).

Más que disponer de todo el arsenal literario y ponerlo a disposición de la escritura, la habilidad narrativa es una forma de sentir el mundo removiéndote por dentro. Por un lado está la habilidad como metáfora de agilidad y destreza para hacer algo. Y por otro, la fuerza

[2] Ver: Elcastellano.org.

oscura que conserva la narración en su semántica más pura. Las narraciones en torno al fuego de los antiguos pueblos eran una experiencia de vida, con una fuerza en su contenido, en sus imágenes. Una energía arrolladora corría debajo de los relatos. Estaba la palabra articulada en hechizo, pero también estaba el gesto, la mirada, el espacio, el tiempo, etc. El carácter netamente enunciativo (expresar con palabras una idea) que tiene la narración en estos momentos, sugiere, para imitar esas historias primordiales, un arte de magia, de embrujo, de técnicas que permitan seducir al lector, cautivarlo, ya que así hayan pasado siglos sigue siendo un oyente ante el fuego, y la narración sigue conservando su carácter de palabra reveladora, solo hay que despertárselo. Hoy día a veces se tiene la habilidad pero se carece de la magia, de eso que Bustos Aguirre llama "palabras verdaderas". En una entrevista con Conchita Penilla para el documental 'La escritura embrujada', Gabriel García Márquez reflexionaba al respecto "la escritura de ficción es un acto hipnótico. Uno trata de hipnotizar al lector para que no piense sino en el cuento que tú le estas contando (…)". (Márquez, 1998). Aquí aparece otro elemento importante a la hora de escribir cuentos: el lector, pero de él hablaremos más adelante.

De acuerdo a todo lo que hemos dicho, como principio de creación ¿Por qué contar historias, qué fuerza motiva la creación? Lo diré de la siguiente manera:

Un *él* tenía tres meses que no escribía. En otras palabras: había perdido la habilidad para narrar. Esto no hubiese sido un problema si a ese *él* no le urgiera contar. Pero le era una necesidad y por eso padecía el cursor parpadeante sobre la superficie blanca de su computador. Además, escribir para él, era la única forma de poseer verdaderamente las cosas, los sentimientos; al mundo. Y era porque una vez [re]creada la realidad su esencia le pertenecía; entonces ya no era el mundo, sino, *su* mundo. Sin embargo, ahora, no concebía

narrar ni siquiera un microrelato, nada. Por eso estaba verdaderamente solo. Y por alguna extraña razón la naturaleza sentía la ausencia de su palabra recreadora. Claro que no siempre recreaba, a veces creaba, es decir, dotaba de significados a significantes que no tenían referentes de ninguna clase, sino que por la acción misma de narrar existían en una dimensión (espacio y tiempo posible) sin fronteras entre lo real y lo que no lo era en una primera instancia. Pero ahora el mundo se había detenido porque su narrador ya no narraba. El signo no representaba a la cosa: era la cosa, en su sustancia más pura, inmaterial, por ende, carente de adjetivaciones, perfecta, eterna e inmanente. Ya nadie podía ver el mundo como era porque *él* no narraba. Incluso, muchas cosas dejaron de existir porque la palabra ya no las nombraba. Y entonces el silencio vació de significancia a todo y ya solo eran sombras de lo que un día había llegado existir por el acto desvelador de narrar. Ya no hubo imágenes ni palabras, sino un silencio sin significado alguno: un chirrido que ascendía desde los abismos más recónditos del Ser. Ya la palabra no creaba a la cosa ni la cosa poseía el significado de la palabra: el pensamiento se había quedado sin extensión ¿cómo representarse a sí mismo? Lo que *es*, es decir, aquello que el tiempo ni el espacio afecta, estaba en problemas con lo que *existía* (lo creado), porque no había límites entre la realidad y la otra realidad. Entonces todo era un *algo* en su determinado momento, espacio y tiempo; un *algo* que ocupaba espacios infinitos dentro de las posibilidades, o para ser más explícito… Bueno, por lo menos intentar serlo, dentro de ese constructo inefable al que llamamos realidad.

¿Por qué escribir? Sinceramente no me interesa responder esta pregunta. Quiero vivir con el encanto de saber que lo hago por algo que no entiendo y que es más fuerte que yo. Sin embargo, soy consciente que no puedo huir de mí mismo una y otra vez. En algún

momento me acaece, como un aguacero crepuscular: ¿Por qué escribes? No se puede huir de lo inevitable, pero se puede ir relegando como la conciencia de la muerte, engañando, etc., hasta que llega el momento de la fatalidad y entonces sabes que llegó tu hora.

Creo que en un principio, la gran trascendencia del acto de escribir es la *necesidad*. Pero no necesidad como esa sensación de ansiedad la cual hay que calmar. No. Es una necesidad de no tener necesidad. Como cuando comes no por hambre, sino por dejar de sentir ese calor en el estómago. Cuando una experiencia te impresiona y se convierte en idea, te va a ir reventando para que la escribas. A veces vas en el colectivo y la muchacha del puesto de adelante gira, sonríe y tú dices "ve, tiene una sonrisa para un cuento", o el sujeto del banco que tiene las facciones del personaje que estás creando, o encontraste la locación perfecta para la escena de tu historia en ese paseo con tus tíos. Esas semillas o ideas literarias son las que van a pulsar tu experiencia creativa. Un escritor es sobre todo, un vividor. Una persona que escribe. Entonces la escritura aparece como un silencio para dejar de escuchar esas voces que braman desde adentro, para quitarte de encima esos rostros que te miran como un dios, para aquietar ese fluir de tu in-conciencia, ese maquinar de tu mente. En definitiva, así como se constituye en una experiencia de dolor, también lo es de salvación. Salvación de sí misma. En la mitología griega, Némesis es una diosa hija de Nix y Érebo. Ella es la encargada de impartir la justicia, pero en esta cultura la justicia tiene una hermana gemela: la venganza. Y hay cierta indefinición semántica en estos dos términos. Es decir, existe una correspondencia directa entre ambos. Así, Némesis, se encarga de la justicia y su *némesis*, de la venganza. Como concepto proveniente de esta cultura, némesis es una palabra que cumple doble función: salva y aniquila. Podría decir entonces que la escritura es la *némesis* de su propia esencia. Converge en el mismo acto el *cosmos* y el *caos*.

Sartre también reflexionó sobre la escritura en general cuando emprende la tarea de exponer su concepción de la literatura en su texto *¿Qué es la literatura?* (Sartre, 1969), en un primer momento habla de "la génesis del acto literario", explicando que ésta se da, en un principio, cuando el hombre se constituye *perceptor* de la realidad mas no su *creador*. Hay dos palabras claves en lo dicho por Sartre: percepción y realidad. Sartre explica que esta última es la principal fuente de la literatura. Entonces, cuando decimos que la literatura se nutre de la realidad, no es que la copia, sino que, como lo diría Óscar Avarado Vega, forma su propia realidad, una realidad independiente que existe por el lenguaje en sí, por la interiorización de la realidad percibida y recreada por el autor (Vega, 2009, pág. 22). Partiendo de este supuesto, diría entonces: ¿cuál es la diferencia entre *Canción de hielo y fuego*[3] del escritor estadounidense G.R.R. Martin, donde hay lobos gigantes, personajes que trasportan su conciencia a animales, dragones, etc., y *Ni muerto has perdido tu nombre,* de Luis Guzmán, novela que ficcionaliza los hechos (de un hijo de desaparecidos) posteriores al golpe de estado del 24 de marzo de 1976 a la última dictadura militar en Argentina? La respuesta es simple: la forma de mediar con ese constructo que llamamos realidad. Es decir, cómo se aprehende, se elabora y se re-produce. En este sentido, dice Rupérez, la mediación con la realidad no es sólo una mera constatación sensorial del mundo circundante, sino también, una re-creación interior del mundo percibido (Rupérez, 2008, pág. 19). Aprehender la realidad que captan nuestros sentidos y rehacerla, es como lo llamó: una realidad interior. En este proceso las cosas ya no son un mero objeto que reconocen nuestros sentidos, sino una visión particular. Nadie puede ver un árbol igual a como cada

[3] Saga literaria de sub-género fantástico del escritor Estadounidense Martin, G. R.R. Narra la historia de Poniente, un continente ficticio medieval y sus guerras civiles entre los siete reinos por el Trono de Hierro.

quien lo ve, cada quien ve una realidad y no hay más. Y precisamente esa visión particular de las cosas, es la que determina en última instancia tu sello característico.

Todos estos temas son articulados en el texto literario durante el proceso de escritura o la acción misma de escribir. Ahora, teniendo en cuenta que ya hubo un choque con la experiencia, la imaginación y la habilidad, resulta pertinente preguntar por la forma. Es decir, ¿por qué el cuento y no otro formato narrativo?

A menudo se cree, a manera de prejuicio, que el cuento es un ámbito previo a la novela. Es decir, como si primero se gateara y luego se caminara. —Ah, te vas a graduar en creación ¿escribirás un libro de cuentos, o de poemas?— es lo que se piensa. Pero la cuestión no va por allí. El cuento es un formato narrativo totalmente independiente de la novela y por supuesto, no es menos complicado por ser más breve. El cuento requiere de concisión y lo que llamo *abismamiento*, que es esa sensación de caída que provoca cuando impresiona nuestra humanidad, cuando nos patea al cielo como a una pelota que nunca más caerá.

Hablemos de la concisión. Este es quizá el rasgo más característico del cuento. Yo asumo la concisión en dos aspectos: 1). En un nivel de estilo (forma) y 2). En un nivel de las acciones (contenido). El nivel de estilo es la brevedad en el sentido más inmediato del término, cuando cierras estilísticamente el relato con un punto final. Este es el sentido más general que se tiene del cuento. En el nivel de las acciones me refiero un poco a la *rapidez* de la que hablaba Calvino. Es decir, para qué dilatarnos en profusas descripciones ya sea de hechos, paisajes, actitudes, formas, etc., si podemos dar un tajazo contundente con la palabra precisa, con una frase memorable, con una acción repentina. En su conferencia *Seis*

propuestas para el próximo milenio (Calvino, 1989, pág. 43), llama a este acto "economía del relato" (Pág. 50), que es ese carácter de funcionalidad de los elementos que narramos, o en otras palabras qué tanto control tenemos de nuestra diégesis. Esto, por supuesto, requiere de una intuición aguda a la hora de detenernos a pensar en los detalles que nos sirven y los que dejamos de lado, o las características que queremos resaltar y las que no. En definitiva, una narración es una sucesión de acontecimientos, pero en el caso específico del cuento esos acontecimientos deben ser esenciales. Eso que narras es *eso* y no puede ser otra cosa. Esta concisión a nivel de las acciones en un cuento, dinamiza una lucha contra el tiempo; no el cronológico o el tiempo narrativo en sí, sino el tiempo expresado en lo que se cuenta. La novela, en cierta medida, permite libertades y hasta lapsus en su construcción, pero el cuento por este carácter del que hablamos requiere de dominio. Es decir, no debes dejar que se te escape de las manos, debes controlarlo.

El otro rasgo característico del cuento es el *abismamiento.* Ese es el único término que se me ocurre para expresar esa sensación que sentí cuando leí "Continuidad de los parques", de Julio Cortázar, o "Tres muertes", de Leon Tolstoi, y del mismo autor *La muerte de Iván Ilich*, o la truculencia de *El proceso*, de Kafka, o lo endemoniado de "La caída de la casa Usher", de Poe, o qué decir del viaje sideral por las estepas solitarias de marte en *Crónicas marcianas,* de Bradbury, específicamente en "La tercera expedición", o la fatalidad de "El muerto", de Quiroga, y en fin, tantos más que podía hacer una lista de esas 'patadas en el trasero' por semejantes piezas de la literatura universal.

Estoy de acuerdo que un escritor es más lo que lee que lo que escribe. En mi caso particular, por ejemplo, yo necesito leer para recordarme que soy escritor, que vale la pena seguir escribiendo. Hace varios meses que me doy cita en el Parque de los Estudiantes a

releer las novelas de Gabo ambientadas en la Ciudad Histórica. En ocasiones me asalta la sensación de que *soy* abismado. Y escucho el violín de Florentino Ariza venir desde el Parque de los Evangelios y la algarabía de los perros del mercado debajo de La Torre del Reloj y las voces desgarradas del loro de Fermina Daza desde La plaza de la Trinidad, incluso, una vez lo juro, me encontré a Esteban, el ahogado más hermoso del mundo, tomándose un jugo de naranja en El Parque de las flores, envuelto en el ensueño de los que sucumbían ante su hermosura, y ni qué decir del día en que me encontré al *General*, pero no en su laberinto, sino en un pedestal de granito finlandés traído de Alemania, cagado de palomas y rodeado de extranjeros atónitos. Esas frases interminables, metáforas des-comunales y su adjetivación estrambótica, son el artificio del embrujo, el arsenal de la fascinación. Pero no embruja por la habilidad "de carpintería", sino por la naturalidad con la que sus personajes y los lectores, asumimos esa realidad literaria. Y eso fue lo que en una tarde de mis doce años me atrapó, cuando me encontré en el cuarto de mi abuela un escuálido anaquelito de cuatro puestos. Allí estaba, en la portada de una edición barata, un señor desdibujado por las re-impresiones, con un traje de paño negro y las manos en los bolsillos viniendo eternamente de algún lugar. Lo abrí y entré en las páginas más reveladoras de mi vida. Hasta el día de hoy no creo haber salido. *El coronel no tiene quien le escriba* fue una experiencia vital. A esa edad no leí a Gabo por nobel, tampoco por 'la novela del siglo', ni mucho menos por presiones sociales o académicas. Fue una lectura sincera, desprovista de pretensiones intelectuales. Más allá del nombre estaba la palabra, articulada en un hechizo insalvable para quien tuviera el privilegio de leerla. Yo la leí y me abismó. Y es que escritura y lectura son las hermanas gemelas de la creación. A fin de cuentas, uno escribe para que lo lean. Eso del exorcismo de demonios o encuentros con uno mismo ya está mandado a recoger. Si de esto se tratara el oficio de la escritura, pues

bastaría con ir a un receptáculo y esperar a que un hombre nos perdone los pecados. ¡Vamos!, dejémonos de falsas modestias: hay un ego hermoso e inevitable palpitando debajo de cada palabra: ser leído. No quiero ser reduccionista con esto, pero escribir es contar y contar no tiene sentido sin que alguien escuche, o en su defecto, por las características de la impresión, lea.

Leer y escribir. Estos dos procesos nos llevan a un mismo fin: crear. En el primer proceso, que se lleva a cabo a través de la imagen mental, hay que tener en cuenta un factor importante y es la percepción subjetiva, ya sea de lo que se lee o lo que se ve. Estoy convencido que no he leído más literatura en libros que en las calles de mi ciudad, o en los ojos de un perro de la calle. Una percepción subjetiva lee la vida. De ahí empieza a re-hacerse ese nuevo mundo en nuestro interior, esa re-invención de los objetos e ideas que son decodificadas a través del pensamiento subjetivo y sobretodo sensitivo. Por su parte, la expresión verbal como proceso imaginativo, es el desarrollo de esas imágenes, escenas, gestos, momentos y circunstancias, que corren por nuestra mente como un film a la hora de escribir.

Referencias:

Baudelaire, C. (2003). “Perdida de la aureola". *El spleen de París*.

Billón, Y. & Martinez-Cavard, M. (productor). (1988). *La escritura embrujada*. Coproducción Colombia-Francia; Les Films Du Village / France 3 / ABCine.

Bosch, J. (2002). “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”. *Colección pensamiento dominicano*. Vol. 2. Republica Dominicana, Banreservas, 2008. Pp. 259-271.

Bustos Aguirre, R. (2004). “El silencio de la ballena”. *Ítaca*, vol. 1, (no 2), Valledupar, Universidad Popular del Cesar. Pp. 114-117.

Calvino, I. (1989). “Rapidez”. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid, Ediciones Ciruela.

“Elcastellano.org”. (17 de mayo de 2014). Recuperado de http://elcastellano.org/

Lee, S. & Ditko, S. (1962). Amazing Fantasy #15. Marvel Comic. Pp. 15

Rupérez, Á. (2007). *Sentimiento y creación: Indagación sobre el origen de la literatura.* “En torno a la experiencia interior”. Madrid: Editorial Trotta, S. A.

Sartre, J. P. (1969). *¿Qué es la literatura?* (Vol. 6). Buenos Aires, Losada,S. A.

Villena, R. M. (1936). “Paz callada”. *La pupila insomne* (Vol. 22). Organización Continental de los Festivales del Libro, Lex.

Vega, Ó. (2009). *El infierno verde: texto y locura*. San José, C. R: Euned, 2009.

Del otro lado del cristal

El caracol

Despertó de repente, abrumado por la presión de la oscuridad en sus oídos. Un silencio de alaridos de perros y voces de gallos. Salió a la cocina raleando los objetos en la oscuridad insondable del cuarto. La encontró colando el café.

—Buenos días —le dijo—, me voy.

—Viniste fue a dormir —le respondió con una mueca de burla en la sonrisa.

Él no dijo nada.

—Espera el café, ¿cómo te vas a ir sin nada en el estómago?

Los sonidos de la madrugada ladraban en la noche de sus ojos efímeros. Después de hervir se sentaron a beberlo. Era el café de sus vidas, el más callado, el más oscuro. Se enfrentaron al silencio y al abismo de sus miradas. Él no veía la hora de terminarlo para irse; ella sin embargo, disfrutaba de su presencia joven en la casa y de otras cosas sanguíneas y vivas como roedores insomnes. Sorbos. Silencio. Perros y gallos.

—Perdóname por lo que pasó —se adelantó ella.

—Será por lo que no pasó —interrumpió él.

—Bueno, por lo que pasó y lo que no; no te molesto más.

Él la vio por primera vez vieja y gorda. Ella lo vio por enésima vez, joven y lleno de vida.

—Qué vas a hacer mañana —le preguntó ella.

—Nada, existir supongo.

—Si Carlos no viene, ¿puedes volver?

No respondió. Ella sabía que era un “no”, hondo como el abismo de su voz sonora.

—Me voy —volvió a decir.

Llevó el pocillo de café a la troja de la cocina y se quedó mirando por la ventana el patio que ya empezaba a aclarar. Tenía la mirada puesta en un punto fijo. Su atención se perdió en una suerte de bruma. La puerta que daba a la calle estaba cerrada.

—Me voy.

—Abre la puerta —dijo ella.

Él le temía a esa respuesta. Alguien podía verlo. Pero era eso o quedarse allí más tiempo. Quitó los pasadores, retiró la tranca y abrió despacio. Le puso un caracol con todo su silencio y su mar, con su música lejana.

—¿Lo escuchas? —preguntó.

—¿Qué cosa?

—El mar.

Ella no lo escuchó ni lo escucharía nunca.

—Pobre, debes vivir atormentada por la realidad.

Dejó el caracol en el suelo y miró a la calle. Volvió nuevamente a la cocina y esta vez le dijo “adiós”. No miró atrás. Ella no miró al frente. Él se perdió en la esquina; ella en su encierro y soledad. Como el caracol de la puerta, con un leve pero eterno rumor del mar.

Destino

Terminal de transportes 3: 30 a.m.

A esta hora, bajo el cielo limpio, todo parece dormir. Subo al bus 0145. Un sueño débil molesta mis ojos como arenita lunar. De repente, el bus se mueve. Alzo la mirada por encima de los puestos de adelante. El conductor enciende el sistema de aire acondicionado y la emisora. Cierro los ojos. Pienso en historias fantásticas: el Apocalipsis, el Rapto evangélico, abducciones masivas. Me siento desconectado del mundo. Descorro la cortina de la ventana y miro el amplio patio desierto de la terminal. Sombras huyen de mis ojos. Empiezo a escuchar pequeños ruidos, roces de objetos, traqueos de alguna parte del bus. Una sensación de extrañeza se apodera de mí. Me agito. Ya no quiero mirar hacia atrás. Parezco el último hombre sobre el mundo. El motor está encendido. Brama como un enorme animal metálico. Miro atrás. Quedo inmóvil.

—¡Señor, pare por favor; déjeme aquí!

—Lo siento amigo, ya no podemos parar sino hasta llegar a nuestro destino.

Del otro lado del cristal

De repente alguien tocó a la puerta. Todos dormían. ¿Quién podría ser tan temprano un domingo por la mañana? El muchacho que trae el cerdo no abre la reja y toca a la puerta; él tiene otro método: tira piedrecitas al techo. Éste extraño era alguien cercano a la familia, tanto así que sabía el secreto del candado: abría sin llave. Pero para que algo abra tiene que estar cerrado, y esto era lo que no pasaba; el candado no cerraba, siempre estaba abierto, aunque pareciera que no. Este secreto sólo lo sabíamos nosotros y ahora él, que justamente en este preciso instante vuelve a tocar la puerta, despacio, como si quisiera que sólo yo escuche y en efecto, sólo yo lo hago. Sabe que a estas horas los demás están dormidos. Abro la puerta. Es una puerta vieja, mañosa; hay que meter el pie a la ranura que deja entre el piso y la parte inferior, luego suspenderla con fuerza y ahora sí, abrir la cerradura. Distinguí su figura imponente bajo el umbral. Era él, tan desconocido pero a la vez tan familiar. Entró, puso el sombrero en un clavo torcido por las tantas veces que se había caído de la pared corroída y se dirigió a la cocina por una taza de café. Era tanta su presencia y su autoridad que se movía por todo el ámbito de la casa como si habitara en ella de toda la vida.

—Probablemente hay de ayer en la tarde —dije.

Tomó un tazón de café, de pie, mirándome callado, con inusitada conciencia, como si fuera el eslabón perdido de la cadena rota de su memoria. Era él y era yo, éramos ambos; él allá y yo aquí, compartiendo un mismo tiempo asimétricamente paralelo. Me fui y se fue al mismo tiempo, tal vez conmigo o, tal vez yo me fui con él, quizá yo soy él o quizá él es yo; o tal vez convergemos en un mismo tiempo, en un mismo espacio, en un mismo mundo, en

un mismo cuerpo; tal vez sólo nos separa la cordura, tal vez sólo nos une la locura -eso en términos abstractos- ahora, sólo lo hace el grosor del espejo.

La elocuencia del silencio

La cuerda había estado allí mucho tiempo. Quizás años. Ese día que la vio pareció como si le gritara que la rescatara de su despectiva e indescifrable función: Daba dos vueltas en el listón de madera y uno de sus extremos, más largo que el otro, colgaba yerto en la esquina del cuarto.

—Tal vez sea el vestigio olvidado de que alguna vez algo pendió de allí —se mintió—. Una hamaca, un gajo de guineo o hasta un ahorcado…

Era el viejo más viejo de aquel pueblo de calles lánguidas y casitas dormidas en un tiempo estancado en cuatro generaciones. Era un ermitaño decrépito y refunfuñón que vivía en un cambuche de tabla al final de la calle. El viejo era puro silencio. Pasaba sentado gran parte del día y sólo se levantaba cuando las necesidades se lo exigían, aunque no habría de importarle si un día decidiera no hacerle caso a su fisiología. Para él hasta el roce leve de las hojas producía ruido. Por eso en su casa no había plantas de ninguna clase. Hubo un tiempo en que se le vio claveteando tablas y amarrando varetas en el tugurio. Selló puertas y ventanas, el techo y los resquicios que dejaban las tablas para aislarse de la estridencia caótica del mundo.

Una vez en su pequeño monasterio, se sumergió en un denso silencio. De repente, empezó a escuchar lo que al parecer eran las pisadas progresivas de alguien que siempre se acercaba pero nunca llegaba: eran los pulsos indiscutibles del tiempo, el tic tac del reloj que hacía de sus esfuerzos por acallar el entorno, esfuerzos inútiles. Un día, perturbado por sus pisadas, acabó por matarlo: le arrancó los piñones uno a uno junto con las manecillas. Tenía el silencio asido a su ropa, enredado en su garganta, expresado en su mirada lejana y

confusa. Colgaba de sus parpados entreabiertos por el cansancio de otra madrugada más sin dormir a expensas de las ligeras y concurrentes ilusiones que aprisionaba su alma corroída por los recuerdos que se mantenían inexpugnables a las pretensiones del olvido. Un olvido que sólo se olvidaba de él, que ardía como una llama inextinguible, devoradora y loca sobre su cuerpo milenario. Su obsesiva rigidez por el silencio absoluto, lo llevó a escuchar sonidos inaudibles, sonidos que no venían de afuera, sonidos que venían de él, de su interior, de sus recuerdos de infancia, de su soledad, de su mismo silencio. Hacía años convivía con ellos, con los murmullos de su destierro, con aquellas voces a las que no podía interponerle tablas ni amarrarle varetas, con aquellas risotadas que se agolpaban en su mente. Era el chirrido del silencio que en su mente no se callaba. Buscó no pensar para no pensar pero le fue imposible, su corazón latía con estrépito por estos sentimientos, y negándose a ellos optó por silenciarse él. Sus cosas habían de permanecer así, como él las dejó, ancladas en el tiempo denso de aquella casa, pues nadie quiso nunca ni querría jamás ser propietario de la herencia del viejo: unas noches completamente desoladas.

Un olor a flores marchitas

Orinó un sedimento denso y pestilente. Ese olor a óxido lo percibía en todo su cuerpo, hasta en sus sueños como una sustancia mordiente. Tenía una fiebre de puerco hacía cuatro días y se sentía pétreo, metálico. Todo le sabía a cobre. Cada doce, cada ocho y cada seis horas tomaba antibióticos. Los detestaba, no tanto por el sabor desagradable y el olor que causaban en su cuerpo, sino porque lo mantenían entre el sueño y la vigilia, en ese peligroso estado de la conciencia. Podía ver los relojes dormidos, sentir el gotear del tiempo en su cabeza y escuchar los silencios más hondos del mundo: los ruidos sordos de su cuerpo, el resuello de autos trasnochados, el rumor de los árboles y el murmurar de las estrellas en secreto. El olor siempre estaba presente, salía de sus sábanas después de penetrarle hasta lo más hondo de sus reminiscencias. Tenía el rostro descompuesto, no por el sueño espeso en su mirada, sino por su ausencia. Cerró los ojos tratando de buscarlo desde adentro porque se había cansado de esperarlo cuatro días afuera. Hurgó en esa madeja incomprensible de la mente y no lo halló. En la búsqueda, se encontró con recuerdos, objetos inverosímiles y desproporcionados, olores, sabores y hasta con personas enterradas en el olvido como ella, Nasli, esa niñita de tercero con trenzas, pecas en el rostro y sus cartas con tinta roja. Poco a poco fue emergiendo de esas infinidades sin tiempo, de esas profundidades viscosas, de esos laberintos de la vida y se supo enfermo, postrado en esa cama yerta, lóbrega, rodeado de ese olor a hierro oxidado, de ese profundo olor a flores marchitas.

Enlace con el pasado

Desde ese día no pudo dejar de pensarla.

Ella tenía cabello castaño y piel clara, con pecas. Llevaba un vestido negro con escote que dejaba ver parte de sus senos pequeños bajo un collar de hilos vino tinto. En su juventud había sido hermosa. Ahora, con el trajín de la vida y de los amores azorados, su piel era flácida y sus ojos, circundados por ojeras, se notaban cansados. Sin embargo, aún se le notaba su anterior belleza juvenil.

Había algo en ella que la hacía parte de él. Podía oler, no el olor artificial de su perfume, sino su verdadero olor: un olor áspero y profundo, el de sus cavidades más lóbregas; olor de abismo, de agua soterrada, de tierra húmeda.

Se bajaron del bus para esperar la ruta de las diez. Tenían que atravesar la ciudad. Había música en la noche llena de gente. Ambos estaban fundidos en aquella noche sin miradas, en ese momento etéreo, fugaz. Las bocas que sonreían, la felicidad momentánea de la gente que paseaba rauda por el parque, las luces en el infinito, todo y todos quedaron absortos en el instante.

De un lado de la banca estaba él y del otro ella. La banca miraba hacia la calle. El bus se retrasaba y ella se mostraba impaciente. A él le gustaba el silencio que pronunciaban sus ojos cuando parpadeaba, esos mismos que lo abismaron perdidamente en el amor. Pasaron veinte, treinta, cuarenta minutos mientras aguardaban el bus. Ella sacó de su bolso de tela café un estuche gris. Cruzó las piernas con un dominio de su edad tan vistoso y dejó ver por un instante la penumbra perdida de su sexo. Sacó unos lentes de montura elegante, ovalados, y junto con ellos un pañuelo. Comenzó a frotarlos en círculos sucesivos con una

levedad excitante. Hablaron de ellos. El lugar se tornó inapropiado, lo sentían en la barriga y en la irrigación de su cuerpo. Se fueron a otro sitio para amarse sin botones, sin remordimientos.

Él se detuvo en sus ojos, buscaba rastros de algún pasado. Sus manos, como aves inciertas se deslizaban con un terror sagrado hacia su sexo en busca de eternidad. Un descenso de oscuridad palpitante los arrojó.

Fueron aflorando los sonidos: el zumbido del ventilador, el silbido de sus respiraciones agitadas, los latidos de los corazones, los susurros de los recuerdos: la armonía de la soledad.

Abrió la puerta para marcharse y ella lo detuvo por un instante con su voz. Sin embargo, él se perdió en la penumbra.

—Estos son los pecados que el amor debería perdonar —musitó ella antes de hundirse en un sueño intranquilo.

Desde ese día la necesitó. Esa noche despertó por el bisbiseo del viento en la cortina. El recuerdo de ella lo estaba esperando ahí, en esa pequeña fracción de tiempo en que el presente existe. Aún tenía en su cabeza el reguero de su cabello en el horizonte de la cama, y sus muslos fuertes en sus manos, sus uñas en la espalda y la calidez en su sexo. No podía deshacerse de ella aunque lo hubiese querido, ni dormido, ni aun después de despertar.

La exhumación de Ramón

Llovía. A Nelcy le amanecieron doliendo las várices. Le daban picadas y sentía cómo se le retorcían en la pierna, protuberantes y verdes. Tenía el pie derecho hinchado y los calambres le habían empezado desde la madrugada. Llamó a Eusebio desde la cama. En el patio, el árbol de mamón rozaba sus ramas contra el techo.

—Pobre Ramón. Debes tener frío. Ya voy.

Sentía un hormigueo en la úlcera del pie derecho. En el otro, solo calambres y cosquillas. Trató de incorporarse y bajar el pie pero no pudo. En lo único que pensaba era en el gran árbol. Podía imaginarlo meciéndose con sus ramas sobre la casa. Lo escuchaba crujir bajo la lluvia. Cada invierno era lo mismo. La misma zozobra. Y la misma sentencia: el árbol no se corta. Le recordaba a Ramón. La última vez que lo vio, fue allí, hacía cuatro años ya, colgado como un gajo de mamón seco.

En frente de la cama, una fotografía. Conservaba polvo en vez de recuerdo. Pero algunos rostros se distinguían.

Solo cuando hube enviado la foto con el encabezado textual de la postal, supe que me iba a morir. Era una imagen en donde estaba con los muchachos de aquel grupo de teatro y artes escénicas de la adolescencia. Esa noche después de la presentación nos tomamos la foto detrás del escenario con los atuendos del acto. Era muy chistoso vernos en la imagen. Estaban Camila, la doctora; Orlando, el enfermero; Rodrigo, el paciente; Ramón, el familiar del paciente y yo, una enfermera. La fotografía se la envié a esa muchachita alocada que insistía tanto en que se la enviara. No recuerdo si ella estuvo presente esa noche entre el auditorio. Pensándolo bien, no tenía por qué estarlo ¿qué decía la imagen?

"para el recuerdo" ¡vaya, qué explícito! Si hubiese visto con malicia la mariposa ojona que se posó detrás de la puerta, quizá me hubiese dado tiempo de... En fin, ya estoy muerta y confundo la memoria con este fluido de las cosas en el pensamiento. Recuerdo lo del drama porque hay soporte físico de ese momento. Y a Ramón porque, bueno… él es Ramón. Un día de estos me encontrarán yerta, cuando se hagan las ocho y no me haya despertado a sentarme en esa silla de ruedas que me ampolla el culo, o quizá mucho antes, cuando Eusebio entre a buscar el polvo para los abrojos y me llame para preguntarme por él. Tal vez no se dé cuenta sino pasado el mediodía. ¡Miércole! Olvidé que hoy él iría al cementerio. Olvidé que mañana es el bautismo de Fabián. ¡Bah! Al fin y al cabo para muchos ya estoy muerta hace rato ¿qué tiene de tragedia morirse de verdad verdad cuando te has estado muriendo todos los días un poquito? Pedazo a pedazo…

Eusebio entró al cuarto con el cepillo en la boca. La tomó entre sus brazos y la sentó en la silla de ruedas. El muñón de la pierna izquierda le colgaba inerte. El piso estaba frío y la pierna le palpitaba con fuerza. Un pus ensangrentado le reventó de la herida. Eusebio puso a calentar agua. Abrió la nevera y le sirvió un vaso de la infusión de moringa.

—El frío te está empeorando eso. Lo tienes feo. ¿Qué te dijo la doctora?

—Que si la corrupción sigue me van a terminar mochando por pedazos.

Eusebio fue a llorar al baño, un llanto amargo, ronco. Había aprendido a gritar en silencio hacía muchos años, como a echarse la culpa de todo cuanto ocurriera… sencillamente porque, ante todo había aprendido que no podía culpar a Dios.

Le lavó el pie con agua tibia y alcohol. La herida despedía un olor dulzón. Le amarró una venda y le alcanzó una silla para que reposara el pie. Miró el reloj de pared y eran las

nueve. Tenía una hora de retraso. En el cementerio lo debían estar esperando el sepulturero y Merce, la dueña de la bóveda. “Pero el mundo gira lento cuando llueve”, pensó. Abrió la puerta de la calle. La lluvia había cedido. Se despidió de Nelcy y se marchó.

—Acuérdate de las flores.

Se tiró a la calle apesadumbrado. La lluvia le pesaba en la espalda. La luz pública estaba encendida. Los carros salpicaban la acera por las corrientes que descendían. Quiso estar en otro lugar, ser otra persona para no tener que ver lo que estaba punto de suceder. “Cerraré los ojos. Eso es todo —se dijo—. Nadie notará que no lo vi”. Siguió poniendo un paso delante del otro bajo la lluvia, impasible.

La bóveda era de cuatro puestos; dos abajo y dos arriba. Los restos de Ramón estaban a la derecha, arriba. Las flores estaban esparcidas en el suelo. Marchitas. Muertas. La esperma de las velas era una mancha desteñida por el sol. Al pie de la bóveda había reventado la maleza. Bastaron tres golpes con la mona para que cediera el primer bloque. El sepulturero metió la mano y golpeó desde dentro los otros tres. Merce se tapó la nariz con su pañuelo. Eusebio percibió un olor rancio, nada desagradable. Nadie lo obligaba a estar presente. Pero debía hacerlo. No lo vio en el velorio, cuando aún conservaba el rostro adusto, recio. ¿Por qué debería verlo ahora, desvaído? Todos en el barrio tenían que ver con su gran parecido. Él fingía que le causaba gracia, pero nadie sabía cómo le remordía por dentro que lo compararan con Ramón.

Sacaron el ataúd. Estaba descolorido, pero la madera aún se veía firme. Lo destaparon. Despidió un vaho sofocante. Eusebio no miró, apretó los ojos.

“¡Ay Dios mío!”, el grito de terror de la señora Merce lo previno. El muerto lucía macilento, con la piel estirada y polvorienta.

Eusebio se quedó delante del ataúd. No pensaba en nada. Solo lo miraba a la cara. Estaba muerto, no había duda. Sus cuencas hundidas se lo decían. Las manos cruzadas en el pecho eran unas falanges cubiertas por una fina capa de piel terrosa. Pero el rostro aún conservaba la expresión tosca de su padre. «Los muertos nada sienten. Nada oyen. Nada ven», se repitió.

Te ves peor… pero siempre fuiste un mal padre. Y lo sigues siendo, porque en el recuerdo estás vivo. Mi madre y todos me han dicho que soy tu viva imagen. Lamento hacerla infeliz. Confieso que no fui a tu entierro porque no quise verme muerto. No sé cómo hubiese reaccionado al verme allí, yerto. Me he visto muerto en sueños, pero soy yo, no eres tú, aunque a estas alturas de la vida es jodido saber hasta qué punto yo soy producto de mí mismo, de mis decisiones y mi autonomía, o si soy un mal programa que emula tu miseria genética. ¿Cómo me deslío de la realidad de ser uno de los millones de espermatozoides que hicieron parte de ti? ¿Cómo puede morirse lo que siempre ha estado muerto? O en el peor de los casos, lo que nunca fue. Si algo no fue no hay rostro que olvidar, ni actitudes que odiar. No hay nada. Sólo yo: el exponente de tu miseria. La ineludible prueba de tu existencia. Esto me lo estoy diciendo a mí, o a algo de ti en mí, del ti espectral, inasible, ese ti fantasmal que invoca un nombre áspero: Ramón. Qué pesado cargar con todo esto. Con esta negación antes de la negación. Gracias a Dios pude despojarme del anatema de tu apellido. Ensució mis diplomas y fue un problema en la universidad cuando llegué con otro. Eso has sido para mí: un problema. Un jodido saco lleno de ladrillos que no puedo bajar. ¿Cómo olvidar si te olvidas, cómo matar si te mueres? La paradoja de ser lo que no

fue. Estas son las razones por las que nunca quise vivir contigo. Sin embargo, la vida, el destino, Dios, o lo que sea (siempre nos gusta pensar, para evitar responsabilidades, que algo o alguien más controla nuestras vidas), me llevó a vivir con la familia de mi madre después de tu muerte. La jodiste Ramón. No habla, no camina. Está sentada, vacía, sintiendo cómo se degenera lentamente. No te odio, no me dueles, no te recuerdo. El único papel que haces bien es el de muerto.

Permanecía sin voz ante el ataúd cuando se acordó de las flores.

El muerto

Esta noche el muerto estará solo por primera vez. No como cuando su esposa lo dejó. No como cuando su mamá murió. No como cuando agonizaba. Hoy. Esta noche. Cuatro bloques lo dejarán atrás. El llanto cesará y todos se marcharán a casa. El silencio le presionará los oídos y la oscuridad lo abrumará. Querrá respirar aire fresco, sentir la brisa, ver colores. Pero ya no habrá nada, solo un vacío negro. Esta noche el muerto estará solo por primera vez, pero sobre todo, muerto, listo para el olvido.

Los oficios de Dios

Una copiosa llovizna se instaló sobre el pueblo. Las casas semejaban gallos remojados. Sin embargo, bajo la somnolencia de un eucalipto, había una que no parecía un ave a la intemperie: la casa cural. De ladrillo cocido y tejas de cerámica, era inmune al mal tiempo. Tenía un caminito de piedra triturada y a lado y lado, hicacos de flores rojas y helechos de balcón colgando del pórtico. Al fondo del pasillo, el eucalipto que en días de sol ensombrecía el corredor de la casa. Un vocerío colmaba la atmósfera a pesar del monótono *chischis*: en cualquier momento llegaría el sacerdote encomendado para la cura pastoral de la comunidad, en remplazo del que había sido durante muchos años el encargado del oficio, el padre Sofanor.

El día estaba revuelto, como si en algún lugar empezaran a desencadenarse sucesos fatales.

***

Día uno

I

Aleida despertó sin pesadez, apenas con una extraña levedad en sus intestinos. Tenía la facultad de despertar mucho antes de abrir los ojos. Mantenía una conexión consciente con la realidad a través del oído. Fue el alboroto de los pericos en la cocina lo que la arrancó del sueño. *Esos animales me tienen la vida triste*. Estaba estirada en la cama, desnuda, con el pelo desgreñado y la mirada perdida en la oscuridad. Era un cuarto amplio con dos ventanas de madera. Sintió a un costado esa enorme masa gorda acabándose el aire, resollando como

un puerco en la penumbra. Se sentó en el borde de la cama, con los pies en el aire, y trató de atar los cabos sueltos de su memoria. Fue inútil. Un velo cubría su conciencia. Abrió la ventana del patio y la mañana penetró en el cuarto como un hechizo de pájaros. La bozá de *La Lorenza* llenó todo el ámbito desde algún radio. El hombre ni se inmutó. Era el inspector Lominett. Aleida entró en el baño interno. Tenía un sabor rancio en el paladar. Se sentó en la letrina y se hundió en la meditación. Su vida había acabado siendo despojos. Miró en el espejo sus senos escurridos, su vientre plano, y su sexo frío. Una sensación de extrañeza le recorrió el hilo de la columna. Tuvo compasión de sí misma. *Esta no puedo ser yo*. Afuera, el inspector estaba despierto, con la enorme barriga descubierta y los ojos cargados de sueño. Tenía una barba tupida. A Aleida no le molestaba, al contrario, encontraba en ella un elemento más de placer. *Es un puerco*.

—Pensé que te había dado algún dolor —dijo con algo de sueño en la voz mientras buscaba en la entrepierna de Aleida.

Ella sintió el vaho cálido y agrio de sus entrañas.

—¡No! —Alzó la voz—, me tengo que ir.

Aleida se retiró a la ventana de la calle. Afuera estaba la mañana, limpia, cálida. Lanzó una mirada al valle que se extendía en el horizonte. El inspector vigilaba el valle de su espalda pálida. Esa cinturita ágil y menuda, esos muslos lívidos. La contempló entera en una mirada. Se llenó de su desnudez. Toda esa carne a trasluz le activó el instinto. La penetró ahí mismo, con más energía que placer. Fue rápido. Tenía que serlo. El inspector experimentó una repentina vergüenza. *Estos son los momentos que nos recuerdan que no dejamos de ser animales*. Se acercó a la ventana y clavó la mirada en el horizonte como

mirando a la eternidad. Aleida lo notó joven. Incluso, le parecía que caminaba distinto. El inspector se volvió, tomó la navaja de afeitar y el espejo de mano. No pronunció una palabra. Atravesó la cocina y salió al patio. Un gato lo siguió. El inspector se agachó y lo sobó detrás de las orejas. El animal se retorció entre sus manos y arqueó el cuerpo. Los pericos miraban desde las jaulas con una extraña atención. Aleida buscó bajo la cama la bacinilla de peltre con orina de la noche. Revolvió el líquido cobrizo y echó un vistazo al fondo. Un ruido de metales estalló en su cabeza. El recipiente cayó al piso y llenó el cuarto con un estruendo sordo. Los pericos formaron un alboroto. El inspector entró presuroso con la barba entreverada.

—¡Qué pasó!

—Nada: que tengo veinte uñas —dijo con la mano extendida en el vientre y el rostro congestionado.

El inspector siempre supo que se estaba acostando con la muerte, pero nunca le importó. Un tiro de Cubide no lo asustaba. Sin embargo, ese día tuvo miedo por primera vez. Miedo de morir. Miedo de un hijo…

II

Después de despertar, preparó un café amargo y lo sirvió en un pocillo de loza. Los pájaros la sintieron en el patio. Miró por los calados:

—¿Qué les pasa, mis amores? ¿Tienen hambre?

Le desagradó la maleza que había reventado por entre los adoquines. La noche anterior, el ventarrón tiró las hojas secas del palo de mango. *Estas hojas parece que crecieran del suelo.* Tomó un sorbo de café y buscó en el rincón la escoba de barita.

—Ya los atiendo consentidos. Déjenme y organizo este desorden.

Doña Miriam apiló los montículos de hojas secas y les prendió fuego. De repente se acordó de Condorito. Sacó una silla de hierro, y se sentó a darle purina disuelta en leche. Era un pichón de perico que le había regalado Tomás.

—Doña Miriam —dijo una voz—: Brenda no ha salido del cuarto y la muchacha del aseo le está tocando y no abre. ¿Cree que le haya pasado algo?

—Ojalá y no sea lo que pienso —dijo con un relámpago de ira en los ojos—. ¿Qué cuarto es?

—El tres.

Puso el perico en el suelo y se levantó de la silla.

—¿Ves lo que pasa cuando se deja la jaula abierta Condorito? —le dijo al perico.

Tomó un último sorbo de café y dejó en un tronco el pocillo al revés mientras se cuajaba el futuro. Fueron tres golpes rápidos y con energía seguidos de dos gritos fuertes: «¡Brenda!» «¡Brenda!». Del otro lado se escuchó descorrer el seguro. La puerta se abrió. Era la muchachita nueva.

—Nervi —dijo doña Miriam mientras miraba fijamente a Brenda—, tráeme el libro.

Nervi se marchó. Doña Miriam entró al cuarto y recorrió el espacio con la mirada. —Siéntate ahí muchachita —le dijo con desprecio. Brenda la sentía en su rostro como un trozo de hielo. Nervi entró con el libro. Doña Miriam lo abrió, mojó el dedo índice con saliva y pasó varias páginas. «Viernes 10 de noviembre». Se detuvo. Recorrió con el dedo varios nombres «Elsa… Jaslín… Suleina —Alzó la mirada y dijo—: Brenda...».

—Aquí tienes una entrada solamente. A las diez de la noche. Dos horas. Con Eusebio. Se te dio la llave de la habitación tres. ¿Me puedes explicar qué fue del resto del tiempo? Pensándolo bien, no me importa. Dame la plata de ocho horas de servicio. ¿Realmente crees que el culo es tuyo? ¡Dime! ¿Es eso lo que piensas? ¡Pues no, no es tuyo; es mío!, vale porque cuando abres las patas, las abres bajo mi techo. De lo contrario serías como una vaca o una ternera de los potreros de Sabas que sirven para exprimirlo.

—¡Por última vez: mi plata!

—No me pagó ocho horas, solo las dos que están registradas. Él se quedó dormido.

—¡Y tú amaneciste con él! —la interrumpió con impaciencia Miriam.

Brenda bajó la cabeza y se puso a llorar.

—Aquí ofrecemos un servicio: placer. No alquilamos algo parecido al amor. —hubo un largo silencio. —¿Sabes cuánto tiempo llevo en esto? ¡Mírame! —la tomó de la barbilla—. Dieciséis años. ¿Y sabes por qué? Porque no me encabrono con nadie. Yo no le doy el culo a nadie, ni ninguna de las más antiguas, ni lo prestamos ni lo alquilamos ¡nada de eso! Vendemos placer. ¿Sabes qué día es hoy?

—Sábado —dijo tímidamente.

—¡Hoy es hoy pendeja!, pero hoy presentarán al nuevo sacerdote. Jamás habrá tanta gente en este pueblo. Esta noche el salón principal estará lleno. —Sus ojos brillaron como si estuviera viendo la imagen en el techo—. Necesito que estés allí. Anda y lávate.

—Nervi, ven aquí. Aleida, ¿ya se despertó?

—No señora, aún sigue en su cuarto. Debe estar cansada.

—Bueno. No la molesten y hagan el menor ruido posible con el aseo.

III

Bueno mi gente, esto se acabó. Hasta mañana será otro día cuando con el disco del lechero, el canto del gochó y el reclamo de la guacharaca, saludemos otra alborada. Porque no se les olvide mis compadres y comadres: Siempre es bueno coger el día por la punta.

Después que acabó *La Alborada*, el padre Sofanor bajó un poco el volumen del radio de mano y lo colgó en la pared sin repellar. Abrió la puerta del patio. El río le inundó el alma. La luz limpia del sol se derramaba sobre las matas de plátano. El padre podía ver desde allí el viejo muelle entrando al agua, minúsculo, como una sombra ondulante. El padre se había dejado crecer el bigote, le daba una expresión huraña. Tenía la cara huesuda y los ojos marchitos. Le otorgaban un estado de ausencia. Se le habían caído tres dientes y a causa de esto hablaba con dificultad. Seguía vistiendo de negro y usando el clériman con cuello romano, aunque ya no ejercía el oficio que Dios le había encomendado. «Es un vínculo divino inquebrantable», dijo una vez. Por eso, de forma clandestina, seguía practicando

algunos hábitos de la cura pastoral. Adelgazó varios kilos y algunas personas lo asociaban con pecados ocultos. Algunos iban más lejos con los rumores. Sin embargo, unos pocos creían en su integridad y repudiaban con un celo irracional las difamaciones contra el padre. El caso fue que nadie nunca conoció ni conocería jamás el motivo de la destitución. Fue un secreto oscuro.

El padre se fue a vivir a la orilla del río después que le prohibieron ministrar en la iglesia. Había encontrado en él la calma que necesitaba para vivir; pero le faltaba algo más, algo sobrenatural que le permitiera redimirse y soportar todo sin queja. Sacó una foto de carnet de su billetera. Se la quedó mirando y dijo desde otra realidad: «así se vive aquí niño, te guste o no». La arrojó al río y vio cómo el Sinú la devoraba en su caudal. Se dispuso a salir y fue a apagar el radio. Ahí estaba la voz fría e hiriente, con un tono impersonal por la mala frecuencia:

Retiro espiritual finaliza y marca el inicio del trabajo eclesial frente a los nuevos desafíos pastorales del nuevo párroco que será presentado hoy.

IV

La iglesia tenía una torre con un reloj de números romanos en el campanil. Antiguamente ahí había estado la campana de bronce. El reloj estaba dormido en las tres de la tarde desde hacía mucho tiempo y en sus agujas anidaban palomas guarumeras y golondrinas sin cielo. A un costado de la torre estaba la casa cural. En una de las enormes casas que quedaban diagonales a la iglesia, vivían los Rodríguez. La casa de dos plantas sin balcón, ocupaba toda una cuadra. Tenía paredes blancas con una franja marrón en el

centro, ventanas abarrotadas y tejas de cerámica. Por dentro era en sí varias casas construidas en torno a un patio central que conectaba a la amplia familia. Andrés había despertado temprano y se ocupó con su esposa Margarita en trasplantar helechos que le habían regalado en el huerto de Sabas. Margarita notaba a Andrés algo presuroso.

—¿No me ayudarás con las demás?

—No. Tengo que terminar el trabajo. Deberías hacer lo mismo con el tuyo.

—Ya casi está listo. Solo me faltan unas costuras. Además, necesito probárselo para ver detalles. Necesito que tú termines el tuyo primero.

—Prácticamente ya terminé, pero hay algo que no termina de convencerme: la piel.

Margarita siguió en su oficio. Andrés atravesó el pasillo del patio y se detuvo en el cuarto que estaba en frente de la galería principal. Sacó una llave de su bolsillo y retiró el candado de la puerta. El olor de pintura podrida salió como un fantasma apenas la abrió. Andrés encendió una lucecita mortecina. Aquél lugar fue emergiendo de la oscuridad. El cuarto era un espacio reducido. En la pared frontal había una estantería repleta de tarros de acrílico y tubos de óleos; en la pared de al lado habían impresiones a color de obras de arte universal junto con imágenes recortadas de periódicos formando un *collage*. La virgen estaba en el centro del cuarto. Era de madera tallada en una sola pieza. Escogió varios tonos de marrón y ocre y los esparció en una paleta, sin mezclar. Se la quedó mirando, con los ojos entrecerrados. Untó el pincel con la pintura y la esparció húmeda sobre el rostro, las manos y los pies. Mezclaba, diluía, preparaba, hacía nuevas mezclas, todo por encontrar el color preciso. Así hizo por un largo rato hasta que halló el tono desnudo de la piel, vivo, perfecto.

En la galería principal, estaban el inspector y el padre Sofanor. La reunión era a la diez y ya habían pasado quince minutos desde que aguardaban a Andrés en la estancia. Al cabo de un rato salió. Se le vio sonriente, desprovisto de toda preocupación. Se excusó por la tardanza, volteó hacia el cielo que entraba por la ventana y dijo:

—En días así, siento que todo se mueve a un ritmo más lento. Hoy tiene que ser un día memorable. Inscrito en placas de bronce sobre pedestales de granito a la sombra de una acacia.

Estaba de espalda al grupo, con la mirada puesta en algún punto, sosteniendo una mano con la otra.

—¿Crees que no? —dijo el inspector despojado de quince años en el rostro—, no se cambia de sacerdote todos los días. Por supuesto que lo es.

Hizo un movimiento en el sillón para acomodarse y sonrió con malicia. El padre permanecía en silencio, divagando en una maraña de pensamientos.

—Los he reunido porque el sacerdote ya se encuentra en Montería —intervino Andrés y al instante giró para quedar de frente a todos—. Recibí una llamada esta mañana del despacho de la catedral y me confirman que será a las cinco.

—Si hacemos memoria —intervino el inspector—, aquí no pasa nada nuevo después de que el puerto dejó de funcionar.

El padre se aclaró la garganta y se encontró nuevamente en aquella sala amplia, bajo el amparo de los enormes ojos redondos de Margarita que lo miraban como esperando a que dijera algo.

—Bueno, supongo que eso traerá muchos beneficios —dijo y miró de soslayo al inspector.

—La prosperidad —dijo el inspector a secas—. Cuando el íntegro gobierna el pueblo se alegra. Así dicen las sagradas escrituras ¿no? —le devolvió la mirada al padre—. He hablado con el sacerdote y me ha dicho que tiene como proyecto principal gestionar con las administraciones departamentales para restablecer el funcionamiento del puerto. Por supuesto, ya no con el esplendor de antaño pero sí como un monumento a la historia. Nuestra historia.

—Le pregunto, inspector ¿qué hará con los contrabandistas una vez se restablezca el funcionamiento del puerto? ¿Se hará el de la vista gorda, como lo hizo siempre? ¿Por miedo, por beneficios? Vaya yo a saberlo.

—Señores… —Intervino Andrés.

—Dígame inspector, ¿son intocables los contrabandistas?

—No se las dé de muy santo, padre, que en esta sala lo conocemos y muy bien —el despacho se llenó de la voz ronca y espesa del inspector—. O acaso nos va a negar que…

—¡Señores! —se alteró Andrés. Este no es el motivo de la reunión. Hoy, en ese parque —señaló con el dedo—, el nuevo sacerdote nos bendecirá y ustedes…

Lo interrumpió Demetrio, el mensajero del pueblo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué entras así, no ves que estamos en reunión?

—Qué pasó Demetrio. ¡Habla!

—Déjalo Andrés, no ves que está pálido.

—¡Encontraron muerto a Severo! —apenas pronunció.

«¡Cómo va a ser eso. Se jodió esta vaina!».

V

La casa de doña Miriam estaba al lado de la inspectoría. Tenía las paredes pintadas de amarillo y una terraza de baldosas rojas con relleno de china menuda y ventanas con caretas de hierro. Los fines de semana doña Miriam sacaba un letrero que decía *Villajulia*, pero era comúnmente conocida como *La casa amarilla*. La casa era burdel solo los fines de semana. A Aleida le molestaba el ruido, el desorden, la confluencia de tanta gente, los borrachos, las putas, la música; todo. Pero al día siguiente, todo era tranquilo. Tanto alboroto hacía que el silencio tomara unas connotaciones placenteras. Sin embargo, esa mañana, Aleida quería hablar con las mujeres que se depilaban en el patio, con las que se echaban los cuentos de cama, con las gordas que recogían a los borrachos en la terraza, con algún ebrio amanecido, con quien fuera pero no quería soportar esa desolación de su alma, ese maquinar del pensamiento en su cabeza, ese ruido de tanta soledad junta.

Aleida entró cuando doña Miriam estaba en el alboroto con Brenda. Se encerró en el cuarto y al rato salió fingiendo haberse despertado. Fingió estar bien. Fingió la voz, los ademanes, su sonrisa; todo, excepto la mirada. Un abismo de tristeza se avisaba en el borde de sus ojos. Doña Miriam lo notó, pero lo asoció con algún recuerdo intempestivo de su

madre. La había visto llorar mientras miraba la lluvia por la ventana. Había escuchado sollozos algunas noches. *Pobre, debe ser duro crecer sin madre.*

Aleida estaba sentada deshilando los flecos que colgaban del borde del mantel. Tenía el desayuno intacto, solo se había tomado el café. Ella se sabía bajo el amparo de la mirada escrutadora de Doña Miriam.

—Cuándo vendrá… —dijo al fin.

—Pronto.

—No quiero que venga.

—Vendrá. ¿Ya terminaste el café? Dame la taza.

Aleida vio los ojos inexpresivos de doña Miriam y la mano extendida sobre sí. Esos ojos vivaces que hurgaban el futuro, inquietos, aterradores.

—No —titubeó—, yo los lavaré hoy. Se levantó, recogió los platos y los llevó a la cocina.

Los metió en agua y se quedó mirando el fondo de su taza. Solo había una mancha marrón desteñida y amorfa. *Qué estúpida, no hay nada.* Sin embargo, le pareció ver algo: un punto negro y grande en el centro. *Es solo el guarrús. No tiene nada que ver conmigo.* Lo metió en el fondo del lavaplatos y vio cómo se disolvía el futuro.

No tiene nada que ver conmigo. Es solo una taza sucia. ¿Ves? ya está limpia.

VI

La gente se agolpó en la casa del muerto. A Severo lo encontró Merce, su mujer, colgado de un palo que tenían en el patio, con los pies encogidos y con la cara morada. Merce había estado reunida con un grupo de mujeres lavando el piso de la iglesia. Nunca se demoraba más de una hora, sin embargo, ese día, por la llegada del sacerdote, las dinámicas cambiaron y regresó más tarde de lo habitual. Nunca imaginó que un día Severo se colgaría con el cáñamo torcido con que maduraba los guineos y guindaba la hamaca.

—Eso es querer morirse —dijo alguno—, no sé si necesitó más valor para ahorcarse o para tomar la decisión de no bajar el pie y sostener su peso.

—No sufrió —dijo Andrés. —El inspector lo miró extrañado y luego alzó la vista hacia el muerto—: ¿cómo lo sabes?

—Tiene la boca cerrada.

El inspector mandó a que lo bajaran y lo llevaran a la casa del doctor. Buscó a Merce y la llevó del brazo hacia un lugar despejado de la casa.

—Adelántate, ya te alcanzo —le dijo a Andrés.

Andrés se marchó.

—Usted entiende de lo que vengo hablarle… —le dijo con cara dura.

Merce ni se inmutó. Tenía la mirada perdida.

—Lamento lo de su marido. Y mucho. Pero este día debe continuar como empezó. Con Severo o sin él.

Merce escuchaba con una extraña atención.

—Nosotros nos haremos cargo del entierro. Será discreto. Mañana, antes del mediodía. En el cementerio que está detrás de los potreros de Sabas, cruzando el río. Usted sabe la política en estos casos.

Merce rompió el silencio:

—¿Qué política? ¿Qué casos? Es un hombre.

—¿En serio tengo que decirlo?

—Tiene que verlo su hijo —dijo con una expresión que nada tenía que ver con sus palabras—. Se esperará a que él llegue.

—Los muertos no esperan tanto.

—Pues este, mi muerto, esperará.

El inspector se desesperó.

—¡Entonces entiérrelo aquí!

Rompió en llanto.

—Hasta las dos de la tarde. No espero más. O mucho antes si empieza a... De lo contrario, tendrá que cargar con su muerto para el río, a darle de comer a las sardinas.

El inspector se marchó.

El capitán Cubide. Aleida. Y el niño. No, no puede ser un niño, ni una vida siquiera. Debe ser un… una sustancia nada más.

Se perdió en sus pasos y en el silencio de sus elucubraciones.

VII

El viento entró por las ventanas, alzó las cortinas, cerró las puertas con fuerza, recorrió las galerías y se estrelló contra el zaguán. Margarita lo escuchaba reventar contra la fachada de la casa. En el patio, los chorros de agua caían del tejado con un sonido disperso. Las corrientes descendían desde los lugares altos y lavaban las calles. Parecía que nunca más iba a escampar. El padre Sofanor se había quedado en la casa de Andrés Rodríguez después de la reunión. Las piernas cruzadas y el cuerpo acodado en la mesa de madera. Se hundía en la meditación. Su mano tamborileaba sobre la superficie de la mesa en la galería. Desde uno de los cuartos del segundo piso, Margarita lo miraba compasiva por la puerta entre abierta. «Se va a resfriar —le gritó». El padre inclinó la cabeza y sonrió sin ganas, como un cumplido por la preocupación. Dejó de tamborilear. Cerró el puño y apretó sus muelas. Margarita bajó hasta donde estaba el padre. Lo vio reducido por el frío. Estaba pálido y con el pellejo pegado al hueso. «Qué piensa de todo esto», quiso decirle. Pero no, ya sabía lo que diría. Llevaba diez años escuchando la historia de los barcos, de los contrabandistas, de las ligerezas del inspector. No quería oír más al respecto. *Y qué de lo que se decía de él… de su destitución. ¿Por qué no hablaba de eso?*

—Severo. Era un buen hombre ¿no? —fue lo primero que se le ocurrió. —Afuera la lluvia había amainado un poco pero aún era persistente.

—No hay hombres lo suficientemente buenos ni lo suficientemente malos. Digamos que hay momentos en la vida de un hombre, buenos y malos. —Dijo con el tono habitual de la misa de los domingos.

—Y Severo, ¿qué clase de momentos tuvo?

—Buenos y malos. Yo lo conocí en los buenos. Pero supongo que habrá momentos en que somos tan perversos que los dejamos en las sombras. —Margarita en realidad no supo si hablaban del muerto.

—¿Por qué no le agrada?

—¿Quién, Severo?

—No, el inspector.

—Uno no aborrece al hombre hija, aborrece las acciones.

—Entonces vivirá solo toda la vida. Somos malos, padre. Actuamos mal.

El padre se quedó viendo sus ojos enigmáticos. Esos ojos enormes y silenciosos que le daban una extraña resonancia a sus palabras. Un escalofrío recorrió su cuerpo porque sabía, así fingiera, cuánta verdad había en la frase de Merce.

—¿Qué hará de ahora en adelante padre?

—Me iré en un barco lejos de aquí, adonde no me persigan ni los recuerdos —dijo y sonrió.

—El mar, el río, todas las aguas lo traen devuelta todo. Náufragos, recuerdos, ahogados. Ya no hay puerto, padre. Ni barcos, ni gente que los navegue; ya no queda nada. Solo ese viejo puerto y nuestra fe. Y ¿Qué es la fe ante el olvido?

—Tal vez. Pero prefiero equivocarme creyendo en algo que nunca va a suceder, a equivocarme viviendo una realidad sin nada que hacer. Hay cosas que sólo deben imaginarse.

El padre no escuchó la campana. Margarita sí. El sonido llegaba desde la plaza, leve. Ella lo envolvió en el silencio de una mirada. Las palabras del padre habían quedado revoloteando en la estancia.

—Vamos —le dijo—, ya casi llega.

—Ya te alcanzo. —y dejó ver una sonrisita taciturna.

Margarita se levantó, cruzó la estancia y salió al parque. El padre Sofanor se asomó por la ventana. Seguía lloviznado. Era una llovizna menuda, que asentaba el polvo de noviembre y dejaba un olor a niñez en la atmósfera. La gente había comenzado a llegar. Las luces se habían encendido y la banda empezaba a ordenarse en la tarima. El padre la siguió con la mirada hasta que se le perdió entre la multitud que se agolpó en la ronda de fandango del parque. Margarita buscaba a Andrés. Él la encontró primero, debajo del reloj, con su vestido café y sus tacones rojos. Lucía un collar de hilos vinotinto y unos sarcillos de oro. La noche empezaba a caer sobre las montañas; el viento frío descendía de los campanos seculares del puerto con un silbido apacible y se enredaba en remolinos sobre los techos de palma; las palomas guarumeras cucuruteaban en los vértices de las molduras del campanario; la llovizna se hizo imperceptible. Al padre Sofanor se le nubló la mirada de distancia y un murmullo de voces indescifrables turbó el silencio de su pensamiento. Los altoparlantes anunciaban que el sacerdote estaba entrando al pueblo. Andrés, en compañía de cuatro hombres buscó en su taller a la virgen. Los hombres quedaron petrificados al

presenciar el rostro humano que tenía y la expresión de paz con la que miraba al cielo. Afuera, la gente se aglomeró para contemplarla. No parecía una santa de madera o yeso común, sino más bien, una mujer de carne y hueso petrificada por la eternidad. Poco después llegó el sacerdote en compañía del inspector. El padre Sofanor, parado en la ventana, recordó la vez que llegó al pueblo. Un silencio de lluvias le inundó la voz y un momento de lucidez le aturdió la conciencia. No pudo evitar ponerse triste. Recordó los lentos ocasos detrás de los campanos, las noches repletas de alaridos; recordó y vio encenderse en su memoria las luces del puerto a las cinco de la tarde cuando atracaban las embarcaciones, sintió en sus fosas nasales el olor de la ceniza en la hornilla, y en sus pies el barro amasado de ese suelo arcilloso. No podía creer que solo tuviera recuerdos.

El sacerdote era alto, joven. Unos destellos blancos en su cabeza, sin embargo, le daban un aspecto maduro y reverencial. Tenía la piel clara, los ojos cafés, la espalda recta y los brazos largos. El inspector lo presentó ante Andrés Rodríguez y su esposa. Antes de entrar a la iglesia, el sacerdote volteó hacia el parque y dibujó con sus manos una cruz enorme y pronunció una bendición sobre la muchedumbre. Dentro de la iglesia, los santos parecían relucientes después que se les despojó del polvo que agobiaba sus rostros eternos. El sacerdote, en una procesión de entrada, atravesó las cuatro naves después de un acólito portador del incienso, y otro portador de la cruz y entre dos ministros laicos con cirios encendidos. Todo esto mientras la asamblea cantaba un salmo. El sacerdote, después de haber sido entregado al cargo se quedó viendo el leccionario, el Misal Romano, el cáliz cubierto con un velo de seda, el corporal litúrgico, el purificador, la palia, la patena y los copones, el pan para la comunión y las vinajeras con el vino y el agua. Se sintió aturdido. Alzó la mirada y pronunció un discurso escueto, trémulo. Bajó prontamente los peldaños

del altar y entró guiado por Margarita por una puerta estrecha que estaba al costado del Lugar Santo. Sus palabras se repetían en el espacio de la cúpula con una extraña resonancia. Sin embargo, los ecos de un silencio retumbaban en los cráneos de las personas que fueron a recibirle. Nadie se pronunció al respecto ni lo haría nunca, con que hubiera cura vivía Dios.

Margarita lo instaló en la casa cural y le mostró los cuartos. El sacerdote hizo un esfuerzo por quitar la mirada de sus atributos bien puestos y el movimiento oscilante, perfecto de sus caderas. Hizo un ademán con sus manos sobre su cabeza, como lo hacía cada vez que los malos pensamientos le turbaban su límpida conciencia de ministro. Siempre pensó que eran como palomas sobre granos de maíz. Cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse se desplomó sobre la cama. Más tarde soñaría con la catedral San Jerónimo y sus palomas.

Afuera, el parque quedó en silencio. Sin embargo, en una de las bancas, debajo de un laurel, estaba una silueta escuálida, como una aparición fantasmagórica bajo la luz azul de la noche. Era el padre Sofanor, en compañía de los perros.

.

Día dos

VIII

La llovizna continuó toda la noche. El sacerdote se levantó temprano por oficios del ministerio. Le pareció haber dormido tres días. El único contacto que tuvo con la realidad fue la lluvia, sin embargo, dentro del sueño, esta le llegaba como una acción irreal. Abrió la ventana del cuarto y la claridad matinal penetró. Salió al patio. Estaba desorientado. Llenó sus pulmones de un aire liviano. Saboreó un sedimento amargo y restregó sus dientes con la cara interna de los labios. Se aventuró en el reconocimiento de la casa. Siguió por un pasillo ajedrezado que conectaba con la iglesia. Caminaba con cuidado. El piso estaba verde por la lluvia. Subió una escalera de hierro que se alzaba en espiral hasta la parte más alta de la torre. Allí se encontraba el viejo campanario. En un rincón, cagada de palomas y murciélagos estaba arrumbada la campana, enmohecida y acallada por el silencio de los años. Las palomas revoloteaban en su cabeza. Se alejó y pudo ver el revés del reloj y sus piñones estáticos. Cuatro ventanas abovedadas permitían contemplar el paisaje en una sola mirada: el puerto de areneros, los campos de algodón y de maíz, la ondulante corriente del río sobre el valle y las montañas que limitaban su vista en el horizonte. Bajó hasta el patio y siguió por la parte trasera de la iglesia. Encontró un improvisado campanario: dos metales que reteñían al tirón de una soga y eran amplificados por un megáfono. Clin clan clin clan: eran las seis. El viento esparció el sonido y las vibraciones sonoras atravesaron el cielo limpio de la mañana.

IX

Mucho antes de que sonara la alarma, el inspector despertó y se quedó sentado sobre la cama los minutos que le tomaba asirse a la realidad de todos los días. Encogió varias veces los dedos de los pies y rezó un Padre Nuestro. Buscó a tientas en la oscuridad del cuarto los objetos para no tropezar. Salió a la cocina y la encontró colando el café.

—Buenos días —le dijo.

—Creo que me voy —respondió Aleida.

—Viniste fue a dormir.

Saboreó un sedimento amargo en su boca. Se rasgó la garganta como si tuviera un animal aferrado a su tráquea y lanzó un escupitajo. Ella no dijo nada. Se sentó frente a la estufa en una butaca.

—Al menos espera el café —le dijo el inspector—. Cómo te vas a ir sin nada en la barriga.

—Ya tengo algo en la barriga Inspector… Eso fue lo que vine a buscar acá.

Lo sirvió y se sentaron. Ella no veía la hora de terminarlo para irse. Él, sin embargo, disfrutaba de su presencia joven en la casa y de otras cosas sanguíneas y vivas como roedores insomnes. Un silencio prolongado les calló la voz y las miradas.

—Perdóname por lo que pasó, —se adelantó Aleida.

—Será por lo que no pasó.

—Bueno, por lo que pasó y lo que no.

Se quedaron callados nuevamente.

—¿Qué vas a hacer mañana? —le preguntó el inspector.

—Nada. Supongo que vivir.

—Vive conmigo entonces.

Ella no respondió. Él sabía que era un «no», hondo como el abismo de su voz. La conocía muy bien.

—Me voy —dijo al fin, imperturbable.

La alarma empezó a sonar en el cuarto. Aleida se puso de pie y se quedó mirando por los calados el patio que ya empezaba a clarear. Tenía la mirada puesta en un punto fijo. Se perdió en una suerte de bruma. «Ya es demasiado de día», pensó. Volvió a decir «me voy». El inspector le dijo que abriera la puerta, resignado. Se dirigió a un rincón y quitó las camisas con que tapaba las jaulas de sus pericos australianos.

—Un día de estos voy a abrirles la jaula y dejarlos libres.

—Sabes que no puedes hacerlo. Ella te aprecia, por eso te los regaló.

—A quién se le ocurre regalar pájaros.

—No son pájaros, son pericos.

—¿Y para qué sirve un perico en una jaula? Me aprietan al dormir. Ellos son los que me tienen agitado. Siento que se me acaba el aire por las noches.

Eran dos pares. Los dejó en el piso para abrir los cerrojos de la puerta cuando se acordó del gato. Ya le había matado una cotorra por el mismo error, así que puso las jaulas en la troja de la cocina. Retiró la tranca y la abrió. Le puso un caracol con todo su silencio y su mar.

—Ya se enteró —sonó la voz de Aleida, fría como un metal oxidado.

El inspector permaneció impasible un momento, absorto al cuidado de sus pericos.

—Puede llegar en cualquier momento —prosiguió.

—Que llegue cuando le dé la gana —dejó los pericos y entró al cuarto. Sacó una pistola de seis balas—: después de ayer, cualquier día se puede morir —dijo con más resignación que valor.

Estaba tembloroso y las manos entumecidas.

—Alguien tiene que aquietarlo y el destino dispuso que fuera yo, la autoridad de este lugar.

Aleida lo miraba detrás de la farsa y solo veía a un hombre reducido, incapaz de enfrentarse a nadie. Sin embargo, no intentó disuadirlo. *Tarde o temprano esto iba a pasar. Era cuestión de tiempo. Las cosas no caen por su propio peso, sino que pesan porque se caen*. De repente alguien tocó a la puerta. Al inspector se le detuvo el corazón. A Aleida los intestinos le crujieron. El inspector metió la última bala y trató de aquietar su respiración.

—¡Debes irte. Rápido!

—No me iré. Es mi padre y no permitiré que lo mates. Lo quiero a pesar de todo. Los quiero a ambos.

—¡Escóndete!

El inspector fue a abrir la puerta con el pecho desbocado. Se ciñó el arma en la cintura y la abrió con una soberbia fingida. Se sintió ridículo cuando descubrió la figura de la persona que tocaba: unas tetas enormes y pecosas y unos ojos fuertemente delineados. Era doña Miriam.

—¿Con quién hablas?

—Con los fantasmas que tú inventas.

—Requiero inspector, o tal vez prefiera que lo llame Alfonso Carlos en estos asuntos, un nuevo favor.

Vieja malparida, tú le contaste.

El inspector, más nervioso que asustado, la invitó a pasar.

—¡Hooolaaa! —dijo Miriam con voz risueña a los pericos—. Cómo están mis amores.

—Juraría que te escuchan.

—Lo hacen.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dicen, TO-DO

Sí, ella lo sabe. Y se lo contó. Tal vez deba matarlos a los dos para que se acabe este mal drama. ¿Qué te traes?

El sonido los envolvió: clin clan clin clan; eran las seis. El inspector fumaba. Miriam lo vio con el mismo ademán de otros tiempos y la misma mirada perdida detrás del cigarrillo, contemplando la levedad del tiempo mientras el humo lo envolvía en una esfera irreal.

—¿No va a ir a la misa inspector?

El inspector escuchó su voz como un cucuruteo de palomas distantes. «Ajá», respondió con una expresión que nada tenía que ver con sus palabras. El gato se restregaba en sus pies.

—Dime más bien a qué has venido y déjate de pendejadas.

—Necesito abierta y despejada la "puerta". Hoy vendrá un viejo amigo mío con unas cositas y necesito que entre sin contratiempos.

Sí, es cierto. Vendrá. El Capitán Cubide vendrá.

—Miriam, dijiste que esos negocios se habían acabado.

—Y pasó. Pero ajá, estamos de fiesta. El ron no dará abasto hoy.

—Que sea la última vez, ya ese soborno ha caducado hace años.

—No hay última vez en este pueblo inspector, estamos girando sobre nuestros propios ejes una y otra vez.

Le dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta.

—Ah, una cosa más inspector: ¿Por qué un hombre viudo bebe café en dos tazas? —miró la foto de la boda del inspector colgada en la pared y finalizó—: deje a los fantasmas en paz inspector, ya suficiente tienen con el olvido para imponerles cargar con el recuerdo.

No lo sabe la muy estúpida.

X

Merce no durmió en toda la noche. Tenía los ojos anegados y distantes. Tres hombres en compañía del doctor trajeron el cadáver de Severo junto con todo lo requerido para el lugar de velación. «Solo está de vestir y maquillar», dijo el doctor atendiendo a la petición de Merce en vestirlo. Notó que ya no era el mismo. Tenía una expresión parca, sosa. Pero eso no fue lo que le perturbó: tenía la boca ligeramente abierta y sus labios azules por el hábito de fumar. Buscó un pedazo de tira en un baúl, la enrolló desde su mandíbula hasta la cabeza y apretó un nudo. «Listo, ahora sí», dijo en un estado de ausencia de sí misma. Le tomó los brazos y las piernas y empezó a hacerle pequeños masajes, tal cual se lo había dicho el doctor. Le afeitó el vello menudo de la cara, la nariz, las orejas y le repicó el bigote con unas tijeras. Lo maquilló y lo peinó hacia un lado con un peine de bolsillo. Sintió que le estaba poniendo una máscara. Algo dentro de ella se desplomó cuando lo vio de cuerpo entero, desnudo. Hizo un esfuerzo enorme por no salir corriendo dando gritos. Temió a la muerte, no tanto por el miedo natural, sino por la transformación a la que son sometidos los muertos. Le puso el vestido y se alejó un poco para contemplarlo. «Qué bonito te ves vestido así», le dijo mientras le apretaba el nudo de la corbata. Ya lo había visto en la misma posición, con esa calma que expresan los cuerpos cuando duermen. Lo vio a través de la ventanilla. Su cara tenía una leve inclinación hacia el cristal. Allí estaba, dueño de sí, sin embargo, su rostro y todo en él, ya era ajeno a este mundo. Debajo de la caja, sobre la

tierra, frente a una fotografía del muerto, había una corona de flores de bonches e hicacos que expelía un olor sofocante.

Desde que el cuerpo estuvo en la caja, Merce permaneció a un costado en un banquillo, con las manos entre las rodillas. Se movía de arriba hacia abajo, hasta que fue arrancada por el sonido frío de las campanas de la iglesia: clin clan clin clan, eran las seis. Desde que amaneció, varias personas habían llegado a la casa de Merce, se acercaban a la ventanilla del ataúd y se sentaban bajo el amparo de la mirada de un Sagrado Corazón, envueltos en el silencio lúgubre de cuatro cirios sobre el altar; unos entraban y otros salían, pero siempre había alguien: un muerto no se puede dejar solo. Un hombre de bigote cerró la ventanilla y dijo: «a los muertos no les gusta que los miren». Era el padre Sofanor. Permaneció sin voz varios minutos delante de la caja, ínfimo ante la muerte. Habló varios minutos, con voz trémula y agravada, como arrebatándole las palabras al olvido. Merce escuchaba. Se alegró de que el padre estuviera allí.

XI

Después de la misa el inspector y Andrés decidieron ir donde Merce. En la casa, el muerto había empezado a despedir unos vapores crudos, y hubo que poner debajo del ataúd unas poncheras con cubetas de hielo y traer bonches, jazmines y flores de amor para disimular los vapores que emanaba. Andrés y el inspector encontraron las cubetas y al padre Sofanor a un costado de la sala.

—Caramba padre, usted no pierde el tiempo —dijo el inspector. Se acercó al féretro y se lo quedó mirando un momento—. Uno no es nada —dijo con certeza mirando el rostro del

muerto—, no más míralo, cuánta masa inactiva, lista para degenerarse. Frunció el ceño y salió al patio abrumado por el olor de las flores. Merce lo vio y supo que no tendría más tiempo.

—No llegó —dijo el inspector con un gesto antipático—. Ya eso no es problema mío. Vamos, antes que nos coja la noche por esos potreros.

Unas veinte personas acompañaban el entierro. El padre Sofanor no fue, se quedó en la casa. Vio marcharse entre los hombros de los dolientes a su amigo y se sintió consternado. Tomaron un atajo por detrás del pueblo. El viento esparcía por el camino un olor a flores marchitas. Andrés iba junto al inspector, se habían quedado atrás, pero seguían a paso lento la procesión. Cruzaron el puente del río y avanzaron varios minutos entre las tierras de Sabas. Un ayudante del inspector iba delante abriendo las puertas de madera con que encerraban a las vacas. El sonido que producían cuando caían sobre la base de madera, se repetía infinitamente hasta el cansancio en el cráneo de Merce que guardaba la esperanza que su hijo alcanzara a llegar.

—Aquí está bien —dijo el inspector.

—¿Y el cementerio?

—Nunca dije que fuera un cementerio...

El padre Sofanor, del otro lado del río, miraba largo al infinito y se le vinieron encima los recuerdos y supuso amargamente que a Severo, en esos instantes, se le estaba viniendo encima la tierra. Y lo enmudeció un presagio más hondo que la misma muerte: *uno no está*

muerto para siempre el día en que nos entierran, sino que desde ese día empezamos a morirnos lentamente en una llama inextinguible de olvido.

—Es como morirnos dos veces —se dijo.

Al padre se le desgarró algo dentro. Le pareció escuchar desde el puerto el sonido de los adioses eternos. Era un sonido inconfundible, diáfano en su memoria. Lo había escuchado tantas veces en el pasado, siempre a las cinco de la tarde, que le pareció mentira que solo fuera un eco de su olvido. Cuánta tristeza había en ese sonido de nadie. Tomó una piedrecita, la tiró al río y se quedó viendo absorto las ondas que proyectaba en la corriente. Las palomas revoloteaban en su cabeza. El mundo se calló en un instante y solo las palabras de Margarita se repetían en su mente: *Ya no hay puerto, padre. Ni barcos, ni gente que los navegue; ya no queda nada. Solo ese viejo puerto y nuestra fe. Y ¿qué es la fe ante el olvido?*

La leyenda del capitán Cubide y el Místico Rubik

Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano… ¿entonces qué?

Borges.

Hospital Psiquiátrico

Es posible, incluso cierto, que el capitán Cubide muriera el 12 de marzo de 1994 de una infección pulmonar: le creció vegetación en los pulmones y una planta le afloró por la boca y le reventó por los ojos como una mirada. O quizá fue a bordo, en el mar de Argentina en 1982, cuando su galeón naufragó por los infortunios de La Guerra de los dos Demonios. O mucho antes, por la peste de las Antillas en el 74. O tal vez se perdió en El triángulo de Las Bermudas, como lo sugieren algunos náufragos. Pero la cuestión es que para los que conocemos la historia del capitán Cubide y el Místico Rubik, resulta digna de contar a manera de relato, como una forma de hablarle al olvido y quitarle lo que se está llevando.

Baste decir que murió en el mar de Argentina. A bordo, como siempre lo quiso: con las manos en el timón y la vista en el horizonte, bañado por una luz que le penetraba la oscuridad de su barba, rodeado de gaviotas y lanzando obscenidades contra los tripulantes. Fue un hombre decidido desde el primer día que lo conocí en el bar de La

Suiza balbuceando quimeras, hasta hoy que lo recuerdo. Siempre me dio la impresión que era más cuerdo cuando estaba en el mar, incluso, parecía más joven, sobre todo en la mirada, todo en él era gris, pero sus ojos reflejaban determinación. Tenía un caminar aparatoso pero firme, con algo de música; una expresión huraña; la cara huesuda y el talante decaído en el rostro.

Una tarde después de aquel bar, lo encontré en el puerto. Allí estaba el Capitán de espalda al sol, reducido y desdibujado en sus propios contornos. Ese sería su último arribo a tierra firme. Nadie nunca más sabría de él en los seis puntos cardinales. Fue como si se hubiera evaporado entre los tablones seculares de su antiguo galeón. De él solo quedaron su historia y yo.

***

La primera vez que vi al Místico Rubik nos preparábamos para zarpar rumbo a la Isla Misteriosa. Era un viaje obligado antes de soltar anclas en la costa del Horno en busca de las Antiguas Ruinas donde se hallaban los cráneos de cristal de los *chitauri*. Este lugar sagrado está oculto en el Bosque de la Ilusión. Allí piratas renombrados han entrado y no se ha sabido más de su existencia. Se dice que el bosque proyecta los temores más ocultos de tu mente. Para atravesarlo, sin perder el rumbo, es necesario poseer uno de los amuletos de Aquenatón: un colmillo del Kraken, el caliz del capitán Vanderdecken y una pata de un Conejo Violeta.

Ese día, minutos antes de zarpar, cuando bajé a la bodega, ahí estaba el muy desgraciado: esa criatura pequeña y peluda, con orejas grandes y caídas, viéndome

fijamente, inexpresivo. Tenía el pelaje del color de la amatista y los ojos tan negros como el onix. ¡Por la barba de Verne! Tenía colgada en el cuello una brújula que solo señalaba un rumbo: abajo (o tal vez adentro). Yo, el único capitán en salir soplando velas del Mar Tenebroso, el único forajido en ver al endemoniado Vanderdecken fornicando en la proa espectral del Holandés Errante, yo, testigo vivo de la bestia más infernal de los Nueve Mares, una tarde que pescaba en las inmediaciones del cabo de Buena Esperanza y pasó justo debajo de mí con una sombra de muerte; yo, el mismo capitán de carne y hueso juro que no había visto jamás algo semejante. He navegado en el mar durante noventa interminables años. Conozco cada pez, cada bestia, cada monstruo de los abismos, cada espectro, cada estrella reflejada en él, pero lo que estaba en frente de mí ese día era de Otro Mundo. Allí estaba uno de los amuletos de Aquenatón.

De un momento a otro, el conejo desapareció. Ninguno de los holgazanes de la cubierta lo vio. Nadie daba razón de él. Busqué en cada puerto, en cada isla misteriosa, en cada abismo del océano y de la tierra. Mi tripulación me creyó preso de las Plantas del Ensueño y empezó a abandonarme. Se fueron uno a uno en cada arrimo a tierra firme. En esa situación, sólo tenía un lugar a donde ir. A tres días de mar atraqué en la isla de Sullivan. Ahí estaba mi viejo amigo William Legrand, minúsculo. Pensé que era su fantasma. Estaba pálido y con la piel pegada a los huesos. Entramos a la cabaña y le conté todo acerca del Conejo Violeta con la brújula. Una vez yo lo ayudé a descifrar el enigma de un tesoro hace mucho tiempo. Ahora necesitaba que él me ayudara a resolver el enigma de mi vida. “No he escuchado de ese Conejo Violeta, me dijo, pero tampoco de El Escarabajo de Oro y sabes lo que pasó; seguro que aquí lo encontrarás”. Me escribió unas coordenadas en el

respaldo de un pergamino acompañadas de un nombre: Biblioteca Real de Alejandría. Al día siguiente zarpé.

¡Por la pluma de Carroll! Ochenta días después llegué. Debo admitir que esperaba encontrar otra cosa y no lo que vi. Esto no se parecía a la Atlántida que encontré debajo del noveno mar ni al país de los selenitas al cual llegué por accidente. Por fuera era en sí dos torreones de piedra oscura a los costados de un muro frontal y una enorme puerta de acero forjada en medio. Atraqué el barco en frente y seguí por un zaguán: galerías interminables, anaqueles altísimos. Dentro, este lugar tenía su propio tiempo, discurría lento, circular y las personas alcanzaban los estantes más altos con solo dar un brinquito. En la galería principal el piso era de terracota. Alcé la mirada y las galerías se reproducían hasta el infinito, nada más se alcanzaban a ver los arcos de medio punto repitiéndose a sí mismos hasta el cansancio ocular. Vi a un niño de madera bailando y cantando detrás de un telón. Estaba practicando para una presentación. El escenario estaba dispuesto. En primera fila estaba un Rey rodeado con la nobleza de su caballería. En las sillas de atrás, un niño rubio en compañía de un Zorro, jugaban con un gato negro que tenía un solo ojo. Un señor borroso con bastón y vista en la eternidad, me preguntó:

—¿Qué necesita?

—Busco a un conejo y me dijeron que aquí puedo encontrarlo.

—Ven por aquí.

—¿Qué es este lugar?

—Posibilidades —dijo, y le imprimió a sus palabras una extraña resonancia—, cosas imposibles.

El viejo con esa mirada indecisa parecía ver el fondo de todas las cosas. Seguimos por un pasillo ajedrezado. Había otras personas allí.

—¿Qué buscan ellos?

—Se buscan a sí mismos. Por fin llegamos. El más conocido de todos —dijo y señaló con el dedo—: el Conejo Blanco.

Estaba asustado en un rincón, con la mirada alterada y perseguido por delirios.

—¿Qué le pasa?

—Teme perder la cabeza.

Me daba la impresión que se burlaba de mí. Me miró. Tenía los ojos rojos. Miré al Bibliotecario y le dije: “simpático pero no es”.

—Pruebe con este —me enseñó.

Era un conejo ordinario.

—Se llama Perico.

—Mire señor, yo busco al Conejo Violeta con la brújula en el pecho.

—Me temo que no está aquí Capitán.

—No he viajado de tan lejos solo para un “no está aquí Capitán”. Debe estar. Mi amigo Legrand, de la isla de Sullivan me dijo que aquí estaba.

—¡Oh, Legrand! Ese pobre hombre está loco, al igual que usted.

—¿Por qué cree que estoy loco?

—Ah, debe estarlo, de lo contrario no estaría aquí. Aunque pensándolo bien, puedes estar muerto. O ebrio; en todo caso, no en tu sano juicio. ¿Qué es de él? ¿Cómo ha pasado sus años con Júpiter?, coméntame.

—¿Usted lo conoce?

—Oh, por supuesto. Aquí todos nos conocemos con todos.

—Y qué otros hay —pregunté de soslayo.

—Bugs, Rogert Rabbit, Harvey, Frank, Conejo Oscuro, Conejo Colmillo.

Llamó a muchos. Uno a uno se reunieron delante de mí.

—Señores conejos —les dijo—, el señor aquí presente busca a un tal Conejo Violeta con una brújula en el pecho ¿Saben algo de este rarísimo animal? —Ninguno sabía nada—. Si no está aquí Capitán, solo hay un lugar donde puede estar.

—¿Dónde?

—Eso tendrá que averiguarlo usted mismo.

Desapareció. Sus palabras se repitieron hasta el cansancio con una extraña resonancia trémula.

Eso tendrá que averiguarlo usted mismo

Eso tendrá que averiguarlo usted mismo

Eso tendrá que averiguarlo usted mismo

Eso tendrá que averiguarlo usted mismo.

Me fui desesperanzado, como un fantasma en su galeón errante.

La septuagésima octava noche a mar abierto, cuando estuve a punto de arrojarme por la borda en el mar de Argentina, se me apareció en los aparejos de la cubierta, fulgurante por la luna y el brillo del mar. Pensé que era una ilusión de mi mente para autosatisfacer mi pena o un reflejo de la muerte. Pero no, era más real que el barco, que el mar; incluso, más real que yo.

—Si quieres morir, ten, toma esto, la muerte será más segura y rápida, no tendrás que sufrir la angustia del agua entrando en tus pulmones y de a poco ir llenándolos hasta desvanecerte y sentir que caes en un abismo oscuro —era un trago con pólvora de cañón—. Será como ir a dormir.

—¿Qué quieres de mí? Llevo un año buscándote en todos los confines de la tierra.

—En los lugares equivocados. Precisemos algo: tú no me buscas a mí, yo te busco a ti.

—¿Quién eres?

—Hubiésemos empezado por ahí desde el principio: soy Rubik, el Místico Ruuuuubik.

—¿De dónde vienes?

—Esto es lo más loco que te diré: vengo de ti. Yo soy tú. El tú posible, la sombra de ese fantasma ebrio, barbón y fracasado que está a punto de matarse. Te la has pasado huyendo de ti mismo Capitán. No te conviertas en fugitivo de lo inevitable.

—¿Hablas de la muerte?

—No. ¿Por qué eres tan complicado y todo lo abstraes? Hablo de ti. Verás, es una historia larga. Tendría que explicarte muchas cosas. Te pasaste un año buscándome allá afuera, pero olvidaste hacerlo adentro. ¿Sabes cuál es el mayor error de las personas como tú? Que quieren explicarlo todo. ¿Me buscabas para qué? ¿Para saber que era real? ¿O para justificar la ilusión de un tesoro milenario? No le des a los prejuicios de la razón los delirios de la locura. Sabes, una vez fui a la Noche Estrellada y es maravilloso estar ahí. El mundo es más bonito en ese lugar. Pero un día empezó a caerse a pedazos, el ciprés desapareció, las estrellas cayeron sobre el pueblo y la luna se hundió detrás de las montañas. ¿Pero sabes qué fue lo peor? Un meteorito apareció de la nada y cayó hasta pulverizar a la Noche Estrellada. ¿Por qué pasó todo eso? Nos enteramos que allá afuera, un *Ellos*, explicó a la Noche Estrellada. Y no solo fue eso, al Rey Arturo casi lo mata otro rey arturo gordo y panzón y lo mismo pasó con Robin Hood. Si los *Ellos* se empeñan en explicarnos como representaciones reales, estaríamos obligados a ceñirnos bajo causas externas, por tanto, a desaparecer.

—Y yo, ¿Qué tengo que ver con todo esto? No creo en esos dioses mitológicos.

—Eres el elegido.

—¿Para qué?

—Sígueme.

—¿Adónde?

—Aquí —me tocó la cabeza e ingresamos absorbidos por una atracción desde adentro.

Cuando abrí los ojos, los vi a mi alrededor. Flotaban y tejían collares soñados con sus escamas y con sus colas hacían melodías. Medusas de colores giraban en la proa. Todo era azul y plateado. No sentía temor. Alrededor no había nada, solo una bruma espesa. El silencio consumía el tiempo. Los peces volaban luminosos, como estrellas. El Conejo Rubik se había ido.

—¿Esta será la muerte?

No había cambiado nada. No habíamos ido a ningún lugar. Seguía en la Zorra Marina. Esa fue mi primera intuición. Pero al cabo de un rato noté que había otras personas en el barco.

—¡Místico Ruuuuubik! —dijo una niñita rubia y un tipo con una armadura de calderos y tapas—. Lo estábamos esperando —dijeron al unísono.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Adónde se fue el Conejo? ¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mi barco?

Se miraron entre sí. Parecían confusos. Entonces empezó la niñita rubia:

—Verá Místico Rubik ¿Cómo le digo? El conejo no se ha ido. ¿Cierto que no señor Quijote?

—Oh, no no no, mi pequeña Alicia.

—¡Entonces, ¿Dónde está?!

—¡Ahí! —apuntó la niña rubia en dirección a mí.

¡Poe mío! Tenía las piernas cortas y las manos pequeñas. Y arriba en mi cabeza, unas enormes orejas caídas en el extremo.

—¡ME CONVERTÍ EN CONEJO!

—Me temo que se convirtió en EL CONEJO Capitán —dijo el hombre de las tapas.

Era cierto. De mi cuello colgaba la brújula, pero ahora señalaba hacia arriba (o tal vez afuera).

—¡Qué brebaje me dieron malditos piratas disfrazados!

—No te hemos dado ninguna bebida —dijo la niña—. Te explicaremos: Yo soy Alicia y en un momento de mi vida estuve tan confundida como tú.

—¿Quieres decir que ya has venido aquí y despertaste como una coneja peluda?

—No precisamente. Lo que sucede es que al entrar en contacto con las energías que están de Este Lado, te transformas en lo que tu corazón refleja.

—Pero si yo soy un pirata temido en los Nueve Mares, debí transformarme en un kraken o un tiburón o una anguila de los abismos, no en esta bola peluda.

—No es así Capitán —dijo Alicia—, el conejo es la forma reflexiva de tu propio Yo. Cuando descendí no podía creer lo que veía, necesitaba que alguien me explicara lo que estaba ocurriéndome.

—¿Cómo entraste?

Bueno, perseguía a un Conejo Blanco.

—¡No puede ser! Otro conejo.

—Sí; es por su naturaleza inocente e inocua. Él —ella señaló al hombre de tapas—, vino aquí de una forma parecida. Coméntale señor Quijote.

—Mucho gusto Capitán. Os comento que vine aquí de una forma similar: perseguí a un dragón por tanto tiempo que se me borraron los contornos y perdí los límites.

—Todos tenemos algo en común —prosiguió Alicia: fuimos arrebatados por algo que nos acaece, por una fuerza que supera nuestra voluntad.

—Pero, ¿Para qué?

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

Eso tendrás que averiguarlo tú mismo

***

No sé por qué le cuento esto a usted. ¿Ha ido a Alejandría? ¿A Sullivan? ¿A la costa del Horno? ¿No verdad? ¿Cómo podría entender entonces? Igual se lo contaré. Este lugar es un espacio único para hablar y ser escuchado con atención. Allá afuera me creen loco y seguramente usted también, con la diferencia que allá solo hablo locuras, incoherencias; en cambio aquí, usted me escucha atentamente como a un dios. Dígame algo doctor, ¿En realidad cree que investiga mi —cómo le llama— "caso severo de esquizofrenia"? ¿Cree que escuchándome y dándome cuerda va a dar con la piedra angular de mi inconsciencia y, por tanto así, con el origen de mi locura? No nos engañemos doctor ¿Cree que estoy aquí por un evento desafortunado de mi niñez que me jodió la existencia? Déjeme decirle que se equivoca. No investiga nada. Usted no es distinto del capitán Cubide, un hombre diminuto moviéndose en el mundo por un soplo de eternidad. Tome esto, quizá le sirva para encontrar su rumbo…

—¿Qué es?

—Eso tendrá que averiguarlo usted mismo…